

Selección



SILVER KANE

UN ABRIGO DE PIEL DE HIENA


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

311 — El archipiélago del horror, *Ralph Barby*.
312 — Las fauces del dragón, *Clark Carrados*.
313 — La muerte juega al ajedrez, *Joseph Berna*.
314 — Horror en los estudios Filmstar, *Curtis Garland*.
315 — ¡Ven conmigo al Infierno!, *Clark Carrados*.

SILVER KANE

UN ABRIGO DE PIEL DE HIENA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 316
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 2.232 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: marzo, 1979

Concedidos derechos exclusivos *a* favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

La mujer avanzó.

Vestida de luto como iba, parecía más alta y más esbelta, pues el color negro estiliza a las mujeres. Y como además era joven y tenía bonitas curvas, ofrecía en la penumbra de la habitación una de esas figuras que quitan el sueño.

En las revistas eróticas y en las películas sexy, las viudas tienen una especial seducción. Precisamente porque parece negárseles el amor, todo el mundo imagina que lo buscan con más tuerza. Y sus ropas, que hacen destacar aún más la carne blanca, son una secreta tentación.

No podía negarse que la mujer que andaba a través de la habitación con sus altísimos tacones, tenía todo eso.

Viéndola pasar, cualquier hombre hubiera pensado en lo bonita que estaría sin la falda.

Pero cualquier hombre habría pensado también en algo más. Por ejemplo, en el miedo que palpitaba en aquellos ojos.

Era un miedo oscuro, secreto, que parecía surgir de lo más profundo de su ser. La mujer avanzó lentamente.

Llegó hasta la puerta de la otra habitación. La abrió. Allí estaba el cadáver.

Encerrado en el ataúd de lujo, pero con la tapa todavía sin colocar, su rostro se reflejaba en el espejo del armario frontero.

La mujer cerró la puerta.

Daba la sensación de que no podía más.

Las otras tres mujeres que estaban en la habitación contigua a la del cadáver, la miraron con ojos inquietos.

—¿Qué te pasa, Nancy?

—Nada. Es que...

—¿El espejo?

Nancy hizo un cesto afirmativo, desmayadamente.

—La cara del muerto se refleja en él —dijo con voz queda.

—Y eso te da pena, claro —insinuó otra de las mujeres que la acompañaban en aquella amarga noche.

—No. Me da miedo.

—¿Miedo? ¿Vas a tener miedo de tu marido recién muerto, Nancy? La hermosa viuda se estremeció.

Sus ojos estaban perdidos en el vacío.

Cerca de allí, rodeando la casa, estallaba la tormenta.

—No puedo evitar tenerlo —dijo—. Peter siempre fue un hombre muy..., muy especial.

—Pero tú le querías...

—Eso no tiene que ver.

—¿En qué era especial. Nancy? Ninguna de nosotras te acaba de entender.

¿En qué lo era?

Nancy se estremeció. Cruzó los dedos nerviosamente mientras un trueno parecía caer encima mismo de la casa. No llegaron a ver el relámpago a causa de las cortinas corridas, pero debió ser siniestro y llenar de claridad los campos. Más allá de las paredes de piedra de la mansión, todo temblaba.

La lluvia azotaba el bosque casi impenetrable. Los muros alzados doscientos años antes.

Las habitaciones vacías donde acechaban las sombras. Cuando pudo rehacerse, la viuda musitó:

—Más vale que no hablemos de eso. Peter está muerto. Olvidémosle.

Pero sus dedos seguían temblando, y las otras cuatro mujeres se dieron cuenta entonces de que no iba a ser posible olvidar. Peter estaba muerto, pero seguía aún allí, en la habitación contigua. Y las descargas de la tormenta seguían estallando tan cerca que las luces temblaban y parecía como si todas las sombras de las habitaciones cobrasen una extraña vida.

Una de las mujeres susurró:

—¿Tienes velas, Nancy?

—¿Por qué?

—Con la tormenta, podemos quedarnos sin luz...

—Si... Creo que tengo alguna.

—¿Dónde? Hila vaciló.

—No importa —dijo.

Pero un nuevo rayo, cayendo al lado mismo de la casa, hizo que todas las bombillas temblaran tan ostensiblemente que las paredes se llenaron de sombras. Una especie de estremecimiento recorrió la casa entera.

Y otra de las mujeres susurró:

—No lo decimos en broma. Pueden hacer falta. ¿Dónde están?

—No quiero ir a buscarlas —dijo velozmente Nancy, mientras desviaba la mirada de golpe.

—¿Por qué?

—Porque están en la habitación del muerto.

Una de las mujeres se puso en pie con un suspiro. Caminaba pesadamente, pero quizá era la que menos miedo tenía.

—Las buscaré yo —dijo—. No te preocupes, Nancy.

Y abrió la puerta que comunicaba con la otra habitación. Vio entonces los hachones encendidos.

Vio el ataúd.

Vio el espejo donde se reflejaba el interior de éste. Y entonces lanzó un alarido de horror.

Sintió que sus rodillas se doblaban.

Con una voz que no parecía la suya barboto cuando fue capaz de hablar:

—Nancy... ¡En el espejo no se refleja nada! Peter ha... ¡ha desaparecido! Y lanzó un nuevo grito de horror.

Pero no sabía aún que la negra historia no había hecho más que empezar.

Que aquello era solamente el principio, y que más allá estaba el infierno.

* * *

El rayo fue tan intenso esta vez que su luz atravesó incluso las espesas cortinas. Una claridad lívida lo inundó todo. Era una claridad monitoria, que parecía surgida del fondo mismo de una tumba.

Pero ésa fue la única que quedó en la habitación cuando todas las luces de la casa se apagaron de pronto. Y al cesar el resplandor del rayo, hasta esa claridad del infierno se extinguió, dejando a todos a oscuras.

La mujer que estaba en el umbral de la habitación del muerto pareció sentir una descarga eléctrica. Mientras el terror la ahogaba, sacó fuerzas no supo de dónde para cerrar la puerta.

No se veía nada.

Ni se oía tampoco nada excepto el golpeteo de la lluvia \ el bramido de los truenos que estremecían la casa.

Nancy encendió entonces un fósforo. Su mano temblaba.

Apenas alumbrado por la llamita, su rostro pareció surgir del fondo de una gruta cuando balbució:

—¿Qué has dicho. Chris?

—Que el muerto no..., no está.

La llamita tembló otra vez, pero Nancy estaba haciendo un esfuerzo terrible para serenarse. Eso se notaba. Con voz que era apenas un soplo, como queriendo convencerle a sí misma, dijo:

—Estabas en el umbral. No has podido verlo.

—¿Por qué dices que no?

—El ataúd queda al otro lado de la habitación.

—Pero queda el espejo, y el espejo lo refleja todo. Y te juro que no estaba... ¡Dios santo! ¡No estaba! ¡No estaba! ¡NO ESTABA!

Chris iba a sufrir un ataque de nervios. Las otras dos mujeres se abrazaron en la oscuridad mientras sentían el mismo estremecimiento de horror. Pero quizá fue Nancy la más serena a pesar de todo, porque soltó el fósforo que ya le quemaba los dedos y rascó otro mientras farfullaba:

—Iré a ver.

Se puso en pie.

Su bonita figura se movió entre las sombras con una lentitud especial, como hubiera podido moverse la figura de una muerta.

Y entonces una de las ventanas pareció saltar convertida en pedazos, como si la hubiese movido un impulso del infierno. Todas lanzaron a la vez un gemido de honor. No se dieron cuenta que era el viento lo que la había abierto de aquella manera, porque en ese momento eran incapaces de pensar. Sólo distinguieron las cortinas que se movían y la luz del rayo que parecía metérseles dentro, como un gigantesco gusano que les quemase las entrañas.

La segunda cerilla de Nancy también se apagó, pero ella fue la única que

tuvo el suficiente valor para seguir adelante. Abrió de nuevo la puerta... y entonces las bombillas se encendieron de nuevo.

El interior de la habitación del muerto quedó invadido por una luz lechosa. Nancy había abierto de golpe y casi saltó al interior.

Sólo ella pudo ver directamente el ataúd.

Pero las otras cuatro mujeres lo distinguieron perfectamente a través del espejo. Fue como encontrarse delante de una pantalla gigante que lo descubría todo. Y las cuatro pudieron ver el ataúd vacío.

Pero también algo más.

Algo que les heló del todo la sangre en las venas. Que les contrajo la garganta con la zarpa del horror. Porque vieron a Peter reflejado en aquel espejo.

Ahora el muerto estaba fuera del ataúd. En pie. Mirando a través del espejo. Moviéndose a través de la puerta. Avanzando hacia ellas. Avanzando... Avanzando...

¡AVANZANDO!

CAPITULO II

El hombre que estaba en la puerta del pequeño hotel comarcal se frotó las manos con un escalofrío.

Las luces de neón oscilaban a causa del viento.

—¡Diablos! —dijo.

Una voz de mujer llegó desde el fondo:

—¿Qué haces en la puerta, Jim? ¡Cierra de una vez!

—Eso iba a hacer, pero aún no es la hora.

—¿Y qué? ¿Crees que con esta tormenta va a venir alguien?

En efecto, la lluvia golpeaba cada vez con más fuerza y los truenos lo llenaban todo. Parecía como si el universo entero fuera a hundirse en las profundidades del infierno. Además hacía frío, y daba la sensación de que habría que asegurar todas las ventanas para que no saltaran hechas pedazos.

—Tienes razón —dijo—. Es la tormenta más fuerte que recuerdo haber visto en el condado de Kent. Todo el cielo de Inglaterra está lleno de rayos.

—¡Pues cierra, hombre!

Jim lo hizo. O, mejor dicho, fue a hacerlo.

Una ráfaga de lluvia le salpicó la cara. Vio entonces a través de las tinieblas las luces de un coche que avanzaba.

—También hace falta humor... —susurró.

Pero el coche se detuvo ante la puerta. Los faros se apagaron y una mujer saltó a través de la lluvia con la máxima velocidad que pudo, llegando hasta la puerta del pequeño hotel.

Era una mujer todavía joven y bonita, que vestía un largo impermeable. En un momento aquel impermeable quedó empapado, al igual que la larga melena suelta de la chica.

—Celebro que no hayan cerrado —mutiló.

—Iba a hacerlo.

—Pues yo ya estaba desesperada porque no me veía capaz de seguir. Los limpiaparabrisas me estaban fallando y me hubiese estrellado contra cualquier sitio. ¿Puedo entrar? ¿Tiene una habitación para mí?

—Claro que sí, señorita.

La mujer entró. Tenía la tez muy blanca y a la luz del interior de apreciaba que había algo de espectral en ella, pero nadie hubiera podido definir de qué se trataba. Jim se estremeció sin saber por qué.

—Le daré una que tiene una buena calefacción —dijo.

—Eso no importa.

—¿Cómo que no? ¿Es que no siente frío?

—Sí, pero es otra cosa la que necesito.

—¿Cuál?

—Una habitación con una ventana muy sólida, de modo que nadie pueda entrar en ella.

El dueño, que era ya un sesentón y no creía en las apariciones, pestañeó confundido.

—¿Y quién va a entrar aquí? —musitó.

—Por favor, déme lo que le pido.

—Bueno, está bien... Le daré una habitación que tiene rejas y todo en la ventana, aunque nadie la quiere porque es la única que parece una celda. Tome la llave de la siete.

—Gracias.

La mujer tomó la llave ansiosamente. Luego le miró.

Había en sus ojos una inquietante profundidad y una especie de chispita que no se podía definir. Un brillo asustado, pero que al mismo tiempo parecía llegar desde algún lugar de ultratumba.

—Oiga... —musitó ella.

—¿Qué?

—Me llamo Silvia.

—Ah... Bien.

—Es posible que llegue alguien preguntando por mí.

—¿Con esta noche...?

—Sí —dijo ella estremeciéndose—. Estoy segura de que va a llegar.

—¿Quién?

—Un hombre llamado Peter.

—¿Quizá la persigue...?

—No.

—Bueno, pues entonces, ¿qué hago si viene?

—Entreténgale. Por favor, entreténgale de alguna manera, pero no deje que suba. Y vea la forma de avisarme.

Le pasó por encima del mostrador un billete de diez libras. Era una propina más que respetable. Jim pestañeó y dijo:

—No se preocupe, estará usted tan segura como si hubiese entrado en Scotland Yard. No permitiré que nadie suba a su habitación, entre otras razones porque voy a cerrar ahora mismo.

Y volvió a la puerta principal del pequeño hotel mientras la mujer desaparecía. La tormenta arreciaba de tal modo que estaba a punto de derribar la puerta de cristales. Cuando él abrió, las hojas muertas y las ráfagas de lluvia penetraron hasta el fondo del vestíbulo.

Se dispuso a ajustar las rejas que aseguraban aquello durante la noche. Pero no había terminado de hacerlo cuando vio los faros de otro coche. Era un viejo «Austin» de los que aún se emplean como taxis en Londres, y que se detuvo ante el hotel.

De él se apeó un hombre. Avanzó a través de la lluvia, pero sin prisas, como si no le importara mojarse. Jim le abrió mientras decía:

—Vaya nochecita, ¿eh?

Y enseguida quedó sin habla; porque aquel hombre le cortó el aliento. No sabía bien lo que era. Aunque se trataba de un tipo aún joven y que no era mal

parecido, había en él algo espectral, algo de ultratumba. Tenía la cara tan blanca que no parecía la de un ser vivo. Y las ropas solemnes y negras no hacían más que acentuar aquella sensación.

El extraño visitante dijo con voz gutural:

—Menos mal que he llegado. Esta es una noche del infierno.

—Por supuesto, señor, pero si llega a venir dos minutos más tarde se hubiera quedado fuera, porque ya me iba a dormir. ¿Quiere una habitación?

—Si, por supuesto.

—No hay problema. Ahora, fuera de la temporada, esto está tan vacío que mi mujer y yo hemos de arreglarnos con una sola persona de servicio. ¿Me quiere dar su nombre?

El recién venido musitó:

—Peter.

—¿Peter y qué más? —balbució Jim, sintiendo que él también palidecía, e intentando a la vez ganar tiempo.

—aquí tiene mi documentación. Encontrará lo que necesita.

Y le tendió simplemente un papel doblado. El dueño del hotel lo desdobló, dándose cuenta de que era un certificado como los que él había tenido en las manos muchas veces.

Pero de pronto unas gotitas de sudor helado nacieron en sus bienes al darse cuenta de que allí había algo que no tenía sentido.

—Oiga —murmuró—, ¿se da cuenta de lo que es esto?

—¿Qué es?

—¡Un certificado de defunción! ¡O usted o yo estamos borrachos! ¡Oiga!

Y se quedó mirando a su visitante, dándose cuenta por segunda vez del color espectral que había en su cara. Pero la voz chirriante dijo como si llegara desde muy lejos:

—¿De qué se asombra? Supongo que le parecerá un documento respetable.

—Demasiado respetable...

—¿No ha venido aquí hace poco una mujer llamada Silvia? —preguntó el aparecido, mientras recuperaba el certificado con un ávido movimiento.

—No, no ha venido nadie.

—Pues fuera hay otro coche...

—Es el mío —mintió Jim.

—De acuerdo, entonces déme una habitación.

—Espere. Pase a esa salita del fondo, por favor. Es sólo un momento. He de ver cuáles son las habitaciones que están vacías.

Intentaba ganar tiempo, pues él empezaba a sentir el mismo miedo que debió sentir Silvia al entrar allí. Sabía que la salita en la cual intentaba meter al espectro no tenía ninguna otra salida, por So cual aquel siniestro personaje no podría ir a ninguna parte. Era como meterlo de momento en una celda, y por eso pensó que el aparecido se resistiría, pero ante su sorpresa dijo:

—Bueno, como quiera. Lo metió allí.

Y discretamente cerró con liase.

Los estampidos de la tormenta seguían llenándolo todo. Daba la sensación de que todos los rayos del ciclo estaban cayendo ahora en el bosque que rodeaba al hotel, convirtiendo la zona en una especie de laboratorio del infierno. Las paredes temblaban y las habitaciones vacías debían llenarse de luces lívidas.

Jim descolgó entonces el teléfono. En llamada interior, marcó el número siete. Le respondió la voz de Silvia.

—¿Si...?

—Oiga, por favor.

—¿Qué?

—Un hombre llamado Peter ha llegado.

Hubo una especie de sollozo al otro lado del hilo.

—¡Por favor, no le deje subir! ¡Haga lo que sea, pero no le deje subir! ¡No le deje...!

La voz femenina traslucía horror. Jim dijo, sintiendo un miedo que no había sentido en sus sesenta años de vida:

—No se preocupe, lo tengo encerrado en una sala de la que no puede salir, pero no lo puedo tener allí toda la noche. Dígame si debo avisar a la policía.

—Si, por favor.... ¡hágalo! ¡Llame a la policía ahora mismo, ahora mismo...! ¡Diga que vengan como sea a pesar de la tormenta!

Y Silvia colgó. Jim hizo una mueca, y como no estaba dispuesto a perder tiempo marcó el número de la comisaria comarcal, en Burbank.

Pero se dio cuenta entonces de que no había obtenido la señal de llamada. Una nueva oleada de palidez le invadió. O la tormenta había estropeado los hilos o los había averiado intencionadamente alguien.

El hotel estaba aislado. No se podía llamar a la policía ni a nadie. Ni al mismísimo infierno.

Mientras tanto, en la habitación de arriba, Silvia colgaba el teléfono y miraba a través de la ventana mientras le recorría un estremecimiento de frio. La luz espectral de los relámpagos era tan intensa que parecía como si fuese de día. Las ramas de los árboles agitadas por el viento golpeaban aquella ventana, de modo que ella corrió las cortinas de golpe.

Sin embargo, a partir de ese momento, aún se sintió más aislada, más encerrada en aquella especie de tumba.

Intentó calmarse.

Ya habrían avisado a la policía, después de todo. Encendió un cigarrillo.

Y, de pronto, aquel cigarrillo tembló entre sus labios. Porque hubiese jurado que alguien golpeaba con los nudillos en... ¡en la ventana!

El frío llegó hasta sus pies. Silvia avanzó poco a poco hacia allí, como una hipnotizada.

No se atrevió a mover las manos. Había contenido la respiración. Pero entonces los golpes se repitieron de nuevo.

¡Alguien estaba allí! ¡Golpeaba la ventana situada en el primer piso! ¡Era alguien que parecía tener alas!

Y Silvia se dio cuenta enseguida de lo que aquello significaba.
¡El muerto quería entrar!

* * *

Alocadamente corrió hacia el teléfono. Sabía que podía pedir línea con el exterior, si es que el hombre de abajo aún no había llamado a la policía. Tocó el dial febrilmente.

Y entonces oyó aquello a su espalda. El ruido del cristal roto.

Miró febrilmente, sintiendo que se le helaba la espina dorsal. Y entonces vio la mano entre las cortinas.

La mano que las estaba descorriendo, la mano larga y suave con el anillo color escarlata.

¡La mano del muerto!

¡Peter estaba allí!

¡Iba a entrar...!

Silvia dio un salto felino hacia la puerta, la abrió y corrió. Pero le pareció que el pasillo era una tumba, porque la puerta que comunicaba con los peldaños estaba cerrada y ella no sabía cuál era. De modo que anduvo unos pasos y se metió por la primera que pudo, confiando en acertar.

No había allí ninguna luz encendida, pero tampoco hacía falta. Los resplandores del rayo penetraban a chorros por la ventana y lo licitaban todo de una claridad espectral. Silvia se llevó de pronto las manos a la boca, mientras la saliva se le petrificaba en la garganta.

No pudo gritar.

Se estaba ahogando.

Los ojos se le salieron de las órbitas.

¡Porque el muerto estaba allí! ¡Allí! ¡En la cama!

Una sonrisa burlona flotó en sus labios al ver a Silvia.

Y, con la rigidez de un poste, se fue levantando poco a poco.

* * *

Silvia no controlaba sus pensamientos. Era como si su cerebro se hubiese ido a otro sitio, muy lejos de allí, y como sí su cuerpo fuera puro instinto. Pero fue el instinto lo que la salvó.

Porque sus piernas, sin que la voluntad interviniese, la impulsaron hacia la puerta. Chocó con ella y la abrió de un modo maquinal. De su garganta escapó sólo un ronquido animal, porque seguía siendo incapaz de gritar.

Las rodillas se le doblaron. Hizo un esfuerzo titánico para no caer, porque se dio cuenta de que si caía estaba perdida, mientras chocaba con las puertas una tras otra. Fue oyendo el «tlac», «tlac», «tlac» de sus propias manos como si lo causara un ser desconocido o quizá un monstruo. Cayó al fin una vez, resbalando en la alfombra, y volvió a ponerse en pie mientras de sus ojos brotaban lágrimas de miedo. No supo cuantos minutos habían pasado desde

que salió de la habitación. Había perdido la noción del tiempo.

Y de pronto comprendió que la puerta que daba a las escaleras tenía que ser una de la izquierda. Estaba pintada de distinto color. La abrió de golpe y entonces pudo lanzar un gemido, pero un gemido detrás del cual estaba la salvación, porque pudo ver los peldaños bien iluminados que la llevaban a la planta baja.

¡Al fin!

Fue a saltar hacia ellos.

Y entonces el suelo vaciló bajo sus pies. Los ojos de Silvia se desencajaron mientras notaba que caía pesadamente. De una forma confusa llegó a advertir que alguien había tirado de la alfombra, y eso hacía que el suelo vacilara bajo sus pies. Cayó mientras volvía la cabeza hacia atrás y gritaba... gritaba... ¡gritaba!

Porque al fin el tapón que cerraba su garganta había saltado. Silvia vomito todo su miedo, toda su angustia, toda su desesperación, porque Peter estaba al fondo del pasillo, como un inmenso espectro negro..., ¡tirando hacia él de la alfombra!

¡Atrayéndola!

¡Acercándola como una araña acerca a la mosca! Chilló con toda su desesperación, con toda su alma.

Jim oyó los gritos desde abajo, unos gritos como jamás los había oído en toda su existencia. Se estremeció.

Y fue a subir velozmente al primer piso, pero en los peldaños iniciales se detuvo. Ya no hacía falta.

El cuerpo de Silvia cayó a plomo por el hueco de la escalera, como si hubiese atravesado el tejado de la casa. Colgaba de una cuerda.

Y el chasquido fue terrible.

La cuerda por poco le siega el cuello de pronto.

Quedó allí, balanceándose, con los ojos y la lengua fuera.

Y entonces se oyó otra vez dentro de la casa el aullido prolongado del trueno.

CAPITULO III

Los charcos de lluvia aún brillaban en la calle principal de Burbank, que era en realidad un ramal de la carretera de Londres. El cielo se había despejado, pero aún flotaban nubes cargadas en el horizonte.

La calle constaba de todo lo que suele ser común en las pequeñas localidades inglesas. Una oficina de Correos, una oficina de recaudación de impuestos donde un par de damas otoñales pagaban el canon del televisor, unas cuantas tiendas de comestibles, una librería, una tienda de utensilios para jardinero, una capilla y la estación de la policía. Fue allí conde se detuvo el coche pintado de un atrevido color naranja.

Jim, el dueño del único hotel comarcal que estaba en el camino del lago («en verano — se decía— lo frecuentan los pescadores y en invierno lo frecuentan los fantasmas») salió dando traspiés. Todos se dieron cuenta de que algo muy grave le pasaba, y hasta el señor Clarendon, el importantísimo jefe del importantísimo Club de Jubilados de la localidad se dignó acercarse para saber lo que ocurría.

Así tendría algo que contar a los socios a la hora del té, antes de que los socios se fueran muriendo.

Pero sólo pudo ver entrar a Jim en el despacho del intendente Luger. Vio también que dos polis descendían del coche color naranja, porque sin duda habían acompañado a Jim desde el hotel del lago.

Luger, en el interior del sencillo despacho, hizo que Jim se sentara. Una nube contumaz pareció entonces estacionarse sobre la localidad de Burbank y logró que la lluvia repiqueteara en los cristales otra vez. La locura de un televisor que estaba sobre la larga mesa del archivo parecía repetir incesantemente: «Mal tiempo, mal tiempo, mal tiempo...»

—Anoche fue horrible —balbució Jim—. Parecía como si el infierno se hubiera desencadenado sobre el condado de Kent.

Luger le pasó una cajetilla de «Navy-Cut». Joven policía que llevaba allí sólo un año, había ganado el último campeonato de levantamiento de peso de la localidad. Era el único sistema algo eficaz para que sus conciudadanos le respetasen un poco. Pero no lo suficiente.

Jim fumó con avidez.

—¿Por qué no nos ha avisado antes? —preguntó el policía.

—Porque las líneas estaban estropeadas. Hasta esta mañana no han restablecido el servicio. No sé sí fue por causa de la tormenta o una avería intencionada. No me lo han dicho.

—Yo lo averiguaré — musitó Luger.

—Bien... —Jim aceptó una taza de té que le pasaban y vertió encima un chorrito de una petaca de ron—. Les contaré todo como fue. Ni yo mismo puedo creerlo, a pesar de las horas que han transcurrido. Esta noche, mi mujer y yo teníamos la sensación de que íbamos a volvernos locos. En fin..., mi

mujer ya lo estaba desde antes.

—Cuéntelo todo, Jim —invitó Luger—. El secretario irá apuntando. Yo no le interrumpiré.

El dueño del hotel explicó punto por punto lo que había ocurrido. La llegada de Silvia al hotel, su miedo, la llegada de un tipo llamado Peter, los gritos, el espantoso crimen...

Cuando hubo terminado, estaba mortalmente pálido.

Parecía como si el revivir lo sucedido la noche anterior aún le helara la sangre en las venas.

Luger musitó:

—¿Y dice que el tal Peter estaba encerrado?

—Sí. En una sala sin salida cuya llave me había guardado yo. Era una precaución elemental, teniendo en cuenta lo que me pidió aquella mujer llamada Silvia.

—¿Abrió usted luego la puerta? —preguntó el intendente.

—Sí.

—¿Y Peter seguía allí?

—No. Había desaparecido. Luger palideció.

—Pues entonces..., ¿cómo se explica? —musitó.

—Confieso que tuve un buen sobresalto —dijo Jim—, pero hay una explicación muy sencilla. La sala de espera en que encerré a Peter da a un pequeño palio de paredes muy altas, unas paredes completamente inaccesibles si no se dispone de una escalera o una cuerda con un garfio. Peter había salido allí un momento para colocar bien un tiesto que se había caído y que golpeaba la puerta. Enseguida vino hacia mí. Estoy completamente seguro, y lo juro por mi salud, que no pudo escapar de allí para ir a cometer el crimen en el piso de arriba, a menos que...

—¿Qué? —preguntó velozmente Luger.

—...Que posea el don de la levitación, o sea esa facultad parapsicología de elevarse sobre los propios pies. Hay gente que cree en ello. O bien que fuera realmente un muerto, como aquel certificado de defunción acreditaba.

Se hizo un repentino silencio en el despacho después de estas palabras. El agente que tomaba la declaración a máquina dejó de teclear. Otro apagó el televisor donde la locutora seguía hablando de las isobaras, de las borrascas, del frio y del mal tiempo.

Sólo se oía el golpeteo de la lluvia en los cristales. Luger musitó:

—Podía ser una broma de mal gusto, ¿no?

—Fue lo que pensé al principio. Y creería que se trata de una broma de mal gusto de no ser por aquel horrible asesinato —murmuró Jim.

Tenía razón.

Las bromas de mal gusto dejan de ser bromas de mal gusto cuando corre a raudales la sangre.

—¿Qué hizo Peter más tarde? —Susurró el intendente—. ¿Llegó a ver el cadáver que colgaba desde el primer piso?

—Sí, claro que los vio.
—¿Qué dijo?
—Ni una palabra. Me di cuenta de que miraba aquello con una especial fascinación, como si fuera un espectáculo maravilloso. No pude soportarlo más y me puse a vomitar. Sabía que él no podía ser el asesino, pero todo aquello resultaba demasiado para mí. Creo que fui a vaciar el estómago en la taza de un water, no lo recuerdo exactamente. Cuando regresé. Peter ya no estaba.
—¿Se había ido en su coche? ¿Tampoco estaba el coche allí?
—Desde luego que no.
Luger tomó unas notas en silencio para encarecer rapidez a los expertos que estaban relacionados con la Jefatura de Tráfico. Los moldes de las marcas de los neumáticos habían sido sacados casi una hora antes, de modo que quizá podrían obtener resultados pronto.
—¿Va usted a cerrar el negocio, Jim? —musitó.
—De momento sí. Tampoco hay clientes, de modo que no vale la pena. Mientras tanto, los pintores eliminarán las manchas de sangre y yo me iré a otro sitio para tratar de olvidarme de todo eso.
—Lo comprendo, Jim. Pero, por favor, téngame al corriente de los sitios donde viva. Aunque yo procuraré molestarle lo menos posible, es fácil que el juez pida nuevos interrogatorios.
El dueño del hotel dijo con voz desmayada:
—Bien...
Y se alejó como un sonámbulo, arrastrando los pies. Luger arrugó nerviosamente la cajetilla de «Navy-Cut», que ya se había quedado vacía. Luego se puso en pie y miró la lluvia.
Sentía un escalofrío de miedo, pero el miedo ejercía sobre él una especie de fascinación. No podía evitarlo. Notó como si, más allá de los cristales de la ventana, todo se poblara de sombras, como si la luz que caía sobre la pequeña ciudad inglesa se fuera haciendo más espesa y más triste. Entonces se volvió porque se había abierto de nuevo la puerta.
Uno de los agentes entraba. Dejó sobre la mesa un informe.
—Los análisis de las huellas de los neumáticos —dijo—. Ha habido mucha suerte. Son unos neumáticos especiales y comprados en la delegación local de Austin, por lo que ha sido muy fácil dar con la pista.
—Gracias —dijo Luger. Y los miro.
En su rostro joven, pues no había cumplido aún los treinta años, se formaron unas líneas de preocupación.
Pero no dijo una palabra. Salió de allí.
Fuera tenía su coche particular, un «Sptifire» de la casa Leyland, descapotable color rojo. La capota, por supuesto, estaba echada y era frenéticamente golpeada por la lluvia. Pero el motor rugió alegremente cuando lo puso en marcha, y el panorama se despejó cuando los limpiaparabrisas empezaron a entonar su aburrida música.

A través de las capas de lluvia. Luger salió de la pequeña población y condujo a través de los senderos del bosque. Aquello en verano estaba muy concurrido, pero ahora tenía el encantador aspecto de un lugar jamás pisado por el hombre. Luger detuvo entonces el Sptifire ante una casa, más o menos a ocho millas de distancia de Burbank.

Era una de las casas que suelen tener fuera de la ciudad los amantes de la Naturaleza. Estaba completamente rodeada de bosques y hubiese parecido estar abandonada de no brillar en su ventana una luz.

Luger entró allí. De pronto la lluvia acabó de caer, puesto que el nubarrón gris ya se había alejado de la zona. La llave que disponía le permitió atravesar la puerta. Lo primero que vio, un poco más allá del recibidor, fue una consola con un retrato enmarcado en plata desde donde parecían mirar al vacio los ojos de Peter, el muerto.

Pero Luger no se detuvo allí: Fue hacia la pequeña habitación en cuya ventana había visto brillar la luz. Entró también en ella.

Y vio a la mujer tendida en la cama. A medio vestir.

Con la larga melena caída sobre los hombros.

Con sus fascinantes piernas medio abiertas, como esperando la acometida de algún amante.

Estaba deliciosa.

Nadie podía negar que a Nancy, la viuda de Peter, las medias negras le sentaban pero que muy bien.

CAPITULO IV

El coche que bajaba a demasiada velocidad por Portobello Road, quiso frenar al darse cuenta de que entraba en el cruce y venia un camión por su derecha, pero el frenazo fue demasiado brusco y las ruedas patinaron sobre el suelo húmedo. El coche dio un terrible bandazo, giró sobre sí mismo y se estrelló de cola contra el camión, mientras el joven que lo conducía a tanta velocidad lanzaba un alarido de miedo. El estampido del choque fue tan brutal que se rompieron los cristales de una ventana próxima, mientras el pequeño vehículo salía despedido contra la otra acera y casi se empotraba en un escaparate. Menos mal que aquel día no estaba instalado ninguno de los lamosos tenderetes de Portobello, porque de lo contrario aquello pudo acabar en un baño de sangre.

Cuando sacaron al joven de entre los hierros retorcidos, era ya cadáver. Una de las personas que ayudaron a sacarlo fue Grace, quien estaba comprando en la pequeña tienda de antigüedades donde el coche se empotró.

Por eso no resultó extraño que el bobby que hizo el informe se lo pidiera minutos después. El hombre hizo una mueca como pidiendo perdón mientras se encajaba bien sobre la cabeza su típico casco británico.

—Deberá ir a la Morgue para identificarlo —dijo—. Es una simple formalidad. No se puede cerrar la autopsia sin que se certifique que el cadáver del que se hace el informe es el mismo que fue sacado del coche.

—Es que yo trabajo —susurró Grace—, y tengo que...

—No se preocupe, señorita. Déme el número de su empresa. Telefonearemos desde Scotland Yard.

Y así fue como dos horas más larde, a causa de un accidente que ella tuvo la mala suerte de presenciar. Grace tuvo que pisar las frías baldosas de la Morgue, un lugar donde hasta entonces no había entrado nunca. Y tuvo que entrar en una sala larga e inhóspita donde se alineaban los cadáveres.

Grace estrujó con nerviosismo el ejemplar del Times que llevaba entre sus manos.

Era allí donde lo había leído mientras iba en el Metro hacia la Morgue. «El honorable Peter Cunard, conocido investigador, ha muerto en su casa del condado de Kent... Su desconsolada viuda, Nancy Forrestal, sus primos John y Richard, sus numerosos amigos... Ruegan una oración por su alma.»

Grace se estremeció.

No imaginaba. No podía imaginar que Peter fuese a morir un pronto.

Un empleado de la Morgue la acompañó hasta una de las mesas, donde había un cuerpo rígido cubierto con una sábana.

La levantó.

—¿Es éste?

Grace dijo con un hilo de voz;

—Si...

—¿Usted ayudó a sacarlo de entre los restos del coche?

—Desde luego.

—Por favor, firme aquí.

Le tendió un papel y un bolígrafo, apoyando ambas cosas en el mismo borde de la mesa. Ella firmó con aprensión y luego preguntó:

—¿Basta ya?

—Basta. Perdone, pero ahora me llaman. Puede usted salir cuando quiera por aquella puerta del fondo. Gracias por su colaboración, miss Grace.

Ella dijo con un hilo de V0z:

—Era un deber.

Y fue hacia la puerta señalada. El empleado había desaparecido. Era como si de pronto se lo hubiera tragado el aire espeso de la Morgue. No había ningún ser vivo más allí.

La muchacha sintió como si el miedo se diluyera poco a poco en su sangre. Pero aquello era una tontería. Nada le podía ocurrir allí. Intentó serenarse, pero con pasos cada vez más apresurados —eso sí que no pudo evitarlo— fue hacia la salida.

Y entonces lo vio.

Fue como un chispazo repentino, como un rayo cayendo sobre su cabeza. El cadáver estaba sobre una de las mesas.

Con sólo la cara descubierta.

Un color siniestro le invadía. Era el mismo color gris y fétido del aire. Pero lo reconoció perfectamente.

Y de los labios de Grace escapó aquella exclamación ahogada, aquel breve susurro donde se resumían todos los escalofríos del horror.

Un escalofrío tan breve que se resumió en un solo nombre:

—Peter...

* * *

Grace necesitó apoyarse en una de las siniestras mesas. No se dio cuenta en aquel instante —tan asustada estaba de que casi había puesto las manos en la cara de uno de los muertos.

El horror la sacudió como una descarga eléctrica. Sus ojos se desorbitaron.

Porque el Times señalaba para la muerte de Peter una fecha de tres días antes. Porque, en consecuencia, tenían que haberlo enterrado ya en el condado de Kent, en uno de los pequeños cementerios cercanos a su casa de Burbank. Y, sin embargo, estaba allí... ¡Allí!

¡Con los ojos abiertos! ¿Mirándola!

¡Sí! ¡Mirándola!

¡Porque aquella cara era la cara de un hombre vivo!

Grace sintió que iba a desplomarse, pero el mismísimo miedo que sentía le dio fuerzas. Oyendo el chirrido de sus propios dientes, corrió hacia la puerta. Esta era de vaivén y la chica se encontró de pronto en una pequeña sala.

Todo era tranquilo y normal allí.

En butacas tapizadas con un alegre color amarillo, varias personas aguardaban para los trámites de la identificación, Todos pusieron cara de asombro al verla, quizá por el miedo que reflejaba el rostro de Grace.

Un empleado de la Morgue musitó:

—¿Le ocurre algo, señorita? Grace se ahogaba.

Pero comprendió que necesitaba tener valor. Sería peor si se estaba callada. Por lo tanto balbució:

—Allí...

—¿Allí qué? —dijo el empleado.

—Hay un muerto al que conozco... ¡Pero es un muerto que debía estar enterrado hace días!

—¿Quiere decir alguien al que ha venido a identificar?

—¡No nos entenderemos con palabras! —Gimió Grace—. ¡Es necesario que usted lo vea! ¡Por favor, venga...!

El empleado la acompañó. Como en una pesadilla. Grace oyó el vaivén de la puerta. Los dos penetraron otra vez en aquel recinto de la muerte.

Grace señaló la mesa.

—¡Allí!

Pero de pronto su dedo índice quedó como suspendido en el aire. Otra vez a Grace se le encogió el aliento. Y los ojos se le desorbitaron al darse cuenta de que la mesa estaba vacía.

Ni rastro de Peter.

¡Había desaparecido! El empleado farfulló:

—Oiga, ¿qué le pasa?

—Era a...llí.

—Me temo que se equivoca, señorita. La mesa número nueve ha estado vacía Toda la semana.

—No es... posible.

El empleado la miró con lástima, como diciéndose que estaba ante una transtornada. Luego hizo un gesto de resignación.

—Por favor, acompáñeme, señorita. Si quiere beber algo, no tiene más que pedirlo. Yo la llevaré hasta la calle.

La tomó del brazo. Grace no supo resistirse.

Tampoco hubiera podido. No era capaz de hacer el menor esfuerzo porque la sangre parecía no circular por sus venas.

Se encontró de pronto en la calle. El aire frío le sentó bien. La riada de coches que avanzaba en dirección a Hyde Park le sacó de su ensimismamiento. Cerro un momento los ojos, respiró hondo y pensó: «No. no puedo haberme vuelto loca.»

Estaba segura de haber visto bien, con sus propios ojos. Y además ella siempre había sido una chica seria y razonable.

Abrió los ojos de nuevo. Comprendió que lo importante era largarse pronto de allí. Y entonces tuvo la suerte de ver un taxi detenido justo enfrente de la

Morgue. Era un «Austin» negro.

Como tantos y tantos de los que había en Londres.

Grace se acercó.

Y entonces se fijó mejor en el coche. No llevaba ningún distintivo. No llevaba tampoco la típica luz.

¿Era realmente un taxi o era el... el... el coche de Peter?

Los ojos femeninos se clavaron entonces en el hombre que estaba al volante. Y entonces vio aquella cara otra vez.

Aquellos ojos brillantes. Aquella sonrisa turbia...

Mientras caía de lleno sobre el asfalto, sintiendo que todo daba vueltas en torno suyo, la muchacha balbució:

—Peter...

CAPITULO V

El hotel era el nuevo Kensington Place. Su estructura blanca, limpia, optimista, destacaba entre la niebla baja de Londres. Más allá, los árboles de Hyde Park eran como una masa gris y algodonosa que se perdía en el vacío.

Hay calles en Londres que huelen a misterio, como los viejos rincones de Whitechapel o algunos callejones que no están lejos de Fleet Street, pero Kensington South no era una de esas calles. Había mucho tráfico y una intensa actividad bullía en ella. A nadie que la cruzase se le hubiera ocurrido pensaren los fantasmas.

Sin embargo, el hombre que cruzó Kensington South Street pensaba en los fantasmas; no podía evitarlo. Penetró en el lujoso hotel y solamente entonces, a la vista del ambiente lujoso y alegre, sus pensamientos se clarificaron un poco.

Preguntó a uno de los conserjes:

—¿Quiere avisar a la señora Forrestal, habitación 615? Dígale que está aquí el intendente de policía Luger. He de darle unos informes que me pidió.

—Bien, señor.

El conserje llamó por el teléfono interior.

—Puede subir.

Cuando Nancy Forrestal le abrió, seguía yendo de luto. Seguía llevando su diabólica combinación. Sus fascinantes medias negras.

Balbució:

—Ted...

Ted Luger había cerrado la puerta a su espalda. Y la viuda cayó en sus brazos.

Buscó glotonamente los labios de! hombre, se apretó contra él. Casi se colgó de su cuello y entreabrió frenéticamente las piernas, como si quisiera hacer el acto de pie, igual que Marlon Brando y Maria Schneider en el Último Tango, rodeados por las viejas casas de París.

Balbució:

—Amor...

Allí estaba, más allá de las ventanas, la niebla que rodeaba el hotel, allí estaba la intimidad, allí estaba la cama que acogería sus cuerpos.

Los dos se dejaron caer.

Ella, cada vez que le besaba, quería morderle, sacaba la lengua ansiosamente. Y musitó mientras se sentía penetrada y lanzaba un suspiro de placer:

—Desde que me ayudaste a matar a mi marido nunca había sido tan feliz, Ted Luger...

* * *

De una forma confusa, Grace oyó ruido de pasos que corrían por la calle. Notó que venían hacia ella e intentó levantarse, pero las piernas le fallaron y cayó otra vez. Unos brazos la sostuvieron entonces, mientras todo daba vueltas en torno suyo.

Las voces zumbaban sordamente:

—¿Qué le pasa, señorita?

—¿Se siente mal?

—Justamente ahí está el hospital... La llevaremos. Grace bisbiseó:

—Por favor... Ese taxi... No dejen que se acerque...

—¿Qué taxi?

—Aquí no hay ninguno.

—No sabemos de qué nos habla, señorita. ¿De veras se siente bien?

Grace abrió los ojos confusamente y se dio cuenta entonces de que le decían la verdad. El «Austin» negro había desaparecido. Ella tenía simplemente el aspecto de una loca que no sabe dónde meter la cabeza.

Para que nada faltase, el empleado de la Morgue que había hablado antes con ella vino corriendo. Con voz algo ansiosa pidió a todos que se apartasen.

—Esta mujer ha tenido una impresión angustiosa en el depósito de cadáveres —dijo—. Viene de identificar a un muerto. Por favor, yo me ocuparé de ella.

Grace se revolvió.

—¡No, al depósito de cadáveres, no!

—Claro que no —dijo el hombre—. El hospital está al lado. Le daré algo que la anime.

Se la llevó a una especie de sala de relax y le dio unas pastillas. Casi enseguida, la muchacha se sintió mejor. Pero estuvo aún media hora descansando, sentada en una butaca, hasta que el tónico hizo plenamente efecto. Luego pidió permiso para irse.

Se sentía mejor.

Todo lo anterior había sido una oscura pesadilla, algo de lo que era mejor que no se acordase más.

Decidió ir a la casa de antigüedades donde trabajaba como dependienta. Precisamente si había estado en Portobello Road había sido porque allí era posible encontrar a veces pequeños objetos que luego aumentaban de valor al ser vendidos en una tienda más selecta. Tomó de nuevo el Metro y fue hacia la zona de Governor Square, donde tenía su trabajo.

Era una tienda pequeña, discreta, pero selecta, como casi todas las tiendas de antigüedades de Londres. Al entrar ella, sonó una vieja campanilla. Como si fuera una antigüedad más, miss Cunder emergió de entre las sombras.

Había momentos en que aquella mujer parecía tener cien años. Flotaba por encima del tiempo.

—Has llegado tarde, Grace —musitó.

—Lo sé, ¿pero no ha avisado a la policía?

—Sí, claro. Me han dicho que tenías que ir a la Morgue para una

identificación, después de un accidente. Pero también me han dicho que serian unos minutos.

—Os que luego me he sentido mal, señora Cunder.

—¿Algo grave?

—No. Una especie de desmayo.

—Si no estás en condiciones, vete a tu casa y vuelve mañana. Tampoco creo que vengan muchos clientes hoy. Es un día muy malo.

—No se preocupe, señora Cunder. Gracias, pero estoy mejor aquí. Me siento más acompañada.

—Como quieras. ¿Había algo que valiese la pena en Portobello Road?

—No. Sólo unas tacitas victorianas, pero pedían un precio muy alto. El vendedor sabía muy bien lo que tenía entre manos.

—Entonces has hecho bien en no comprar. Ya tenemos demasiadas cosas aquí, llenando la tienda.

Y señaló en torno suyo. Había desde relojes de carillón a camafeos, pasando por añejas estufas de porcelana y juegos de plata que debían haber oído los estampidos de la batalla de Waterloo. Todo allí era caro, pero auténtico. Miss Cunder se sentía orgullosa de sus objetos.

—De lo único que no estoy segura es de ese sarcófago medieval que me han ofrecido —dijo—. Si es auténtico vale una fortuna, pero no acabo de fiarme. He pedido que un técnico venga a examinarlo mañana por la mañana, y entonces decidiré.

Se lo señaló. Era un sarcófago enorme, de madera y de bronce. La madera estaba algo podrida, pero se conservaba bien en líneas generales. El sarcófago era una pieza de museo, pero únicamente un maniático podía comprarlo para tenerlo en su casa. Sólo con verlo ya se tenía una fría sensación de horror.

Y esa sensación de horror fue la que tuvo la muchacha. Grace se encogió con una impresión de angustia mientras musitaba:

—¿Le han ofrecido comprarlo?

—Sí, pero ya te digo que estoy dudando.

—Da... angustia verlo.

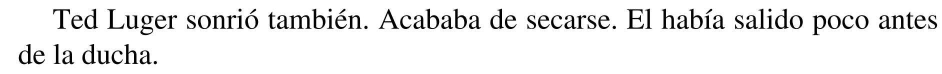
—Esa es otra de las razones que me impiden decidirme, no sé qué hacer.

—Depende de la persona que lo haya traído. ¿Quién es? Miss Cunder miró una tarjeta que tenía sobre el mostrador.

—Lo he apuntado —dijo—. Aquí está. Lo han traído por encargo de un hombre llamado Peter Cunard...

* * *

Nancy acababa de salir de la ducha. La piel fresca y joven —pese a que la mujer había cumplido ya los treinta años— estaba brillante a causa de las gotitas de agua. Su belleza resultaba estallante, pero de todos modos le pasaba como a la mayoría de las mujeres ya algo mayores y expertas en el arte de ataviarse: que estaba mejor medio desnuda que desnuda del todo.



Ted Luger sonrió también. Acababa de secarse. El había salido poco antes de la ducha.

—Ha sido una buena sesión, ¿eh? —suspiró la mujer.

—Es verdad. No ha estado nada mal. Nancy.

—¿Te gusto?

—Sabes demasiado bien que sí.

—Pero eres más joven que yo...

—También sabes que eso no siempre tiene importancia.

Ella terminó de secarse. Empezó a vestirse. Lo hacía lentamente, y sus gestos convertían cada pieza de ropa intima en una seducción.

De pronto le miró.

—¿Por qué has dicho abajo que eras policía, Ted? —preguntó en voz baja.

—Para dar una sensación de seriedad ante la gente del hotel. Nunca me ha gustado comprometerte.

—Es verdad. Una viuda tiene que ir con cuidado, ¿no?

—Depende.

El también se vistió. Tomó una botella de whisky de malta irlandés y sirvió un vasito a Nancy. Luego musitó:

—La casa del bosque me gusta más.

—¿La que tenía alquilada mi marido?

—Si —musitó Luger—. ¿Por qué hemos dejado de vernos allí? Para los dos era discreto y cómodo.

—Cómodo tal vez, pero discreto no mucho. No olvides que la gente de las pequeñas ciudades es muy curiosa. Alguien tiene que haber acabado fijándose en que siempre ibas hacia el mismo sitio, Ted.

—¿Sólo por eso nos vemos en Londres?

—También por otra razón: aprovecho para ir de compras. Luger sonrió.

—Y has gastado mucho, supongo.

—No es nada al lado de lo que gastaré.

—¿Qué quieres decir?

—Pienso quedarme a vivir en Londres, Ted.

Sus ojos temblaban levemente. Había en ellos un brillo distinto. Luger volvió de pronto la cabeza hacia ella.

—¿Porqué? —musitó.

—No sé si me comprenderás.

—¿Comprender el qué?

—Tengo miedo...

La voz era apenas un soplo, un estremecimiento.

Pero era una voz tan intensa que el joven policía sintió como si una mano helada se posara en su piel.

—¿Miedo de qué? —susurró.

—Parece mentira que preguntes eso. Tú lo sabes muy bien. No pudimos efectuar el entierro de Peter. Mejor dicho, no ignoras que, para cubrir las apariencias, dimos sepultura a un ataúd con unos sacos de arena, pero Peter

no estaba dentro.

Hubo un brusco silencio después de aquellas palabras. Medio desnuda como estaba, la mujer dio unos pasos por la habitación. Sus altísimos tacones resonaban secamente en aquella calma casi tétrica.

—Desapareció —continuó diciendo ella—. Hubo testigos que lo vieron en pie, fuera del ataúd, acechando. Cuatro mujeres de confianza que me acompañaban en aquella eterna noche. Lo vieron un momento y luego Peter se esfumó. No. no atacó a nadie... Creo que todas hubiésemos muerto si llega a venir hacia nosotras desde la habitación del ataúd. Pero dos de aquellas mujeres se desmayaron y hube de llamarte. Eras el único hombre del mundo que podía ayudarme en aquel momento terrible, el único en el cual tenía confianza. Y viniste...

—Tenía que venir —dijo Luger con voz opaca—. Había miles de razones que me unían a ti.

—Tú fuiste el que pidió a aquellas mujeres que guardaran silencio. No sé, pero hasta tengo la sensación de que llegaste a convencerlas de que eran unas alucinadas. Y resolviste todos los trámites legales para que pudiera efectuarse un entierro sin cadáver, ya que el certificado de defunción estaba firmado y nadie nos podía obligar a abrir el ataúd cuando lo llevamos al cementerio. Pero tú sabes perfectamente que Peter está fuera. Ted.... ¡y que nos busca!

Sus últimas palabras habían sido patéticas, angustiosas. Se notaba que Nancy hubiese querido chillar, pero la asustaba encontrarse en un motel donde las paredes oyen. De pronto cayó sentada, como si sus hermosas piernas ya no tuviesen fuerza, y prorrumpió en un sollozo.

Su cuerpo se convulsionó. Estaba al borde de una crisis.

Luger hubo de levantarle la barbilla lentamente, sujetándola con dulzura, mientras musitaba:

—Calma, Nancy, tú sabes que nada va a ocurrir.

—No debimos matarlo. Ted. El se encogió de hombros.

Su mirada estaba perdida en el vacío.

Parecía costarle hablar, como si también los pensamientos le atormentaran, pero al fin dijo con un hilo de voz:

—Todo estuvo bien planeado, Nancy, y no dejamos nada al azar. Además eso nos ha permitido unirnos, de modo que no hay de que arrepentirse.

—Sin ti no hubiese tenido valor para hacerlo, Ted —dijo la hermosa mujer meneando la cabeza.

—Bueno... La idea fue tuya.

—Sí, porque Peter se interponía en el camino de nuestra felicidad. Era el único obstáculo que nos separaba a los dos.

—Pues entonces, ¿por qué lamentarse? Tú sabes que hay que dejar pasar algo de tiempo, para disipar sospechas, y luego tal vez podamos incluso legalizar nuestra unión. En la vida hay cosas que se deben hacer y se hacen... ¿Por qué pensar en ellas más?

Nancy intentó sonreír. Iba sintiéndose algo más animada. Al cabo de unos

instantes musitó:

—¿Qué veneno fue el que me diste para acabar con Peter, Ted?

—¿Y qué importancia tiene eso ahora?

—Quizá ninguna, pero jamás hemos hablado de eso. Cuando me lo diste, me explicaste simplemente que era un veneno muy activo y que no dejaba huellas.

—Y lo era.

—Pues demasiado activo no lo resultó. Ted. Porque yo se lo iba suministrando según tus instrucciones, pero Peter no se moría nunca.

—¿De qué te quejas? Al fin se murió, ¿no? Ella preguntó con voz ahogada:

—¿Estás seguro de que ha muerto?

Y volvió a ponerse en pie. El silencio más angustioso la rodeaba. Era consciente de que Ted Luger no podía contestar, de que en aquel momento nadie podía contestarle en este mundo. Por eso susurró:

—Me ahogo aquí. Voy a dar una vuelta.

—¿Te acompaño? —preguntó él.

—No. Supongo que será mejor que no nos vean juntos.

—Pero aquí no estamos en Burbank...

—Puede que nos vea alguien de allí y luego se despache comentándolo —dijo Nancy—. ¿Acaso has olvidado que soy una pobre viuda?

Y se subió las faldas, mostrando las piernas hasta arriba.

Luego se largó. En el silencio casi espectral de la habitación sólo se oyó el chasquido de la puerta.

CAPITULO VI

Miss Cunder dijo con un hilo de voz:

—¿Por qué pones esa cara? Sí, me lo ha hecho traer un tal Peter Cunard, que me ha enunciado otros envíos. ¿Lo conoces?

Grace no pudo contestar en el primer momento. Sentía que le faltaba la voz, Pero haciendo un esfuerzo para recuperarse musitó:

—Puede que lo conozca. ¿Dónde es posible encontrarlo?

—¿Es que necesitas verlo?

—Para saber si lo conozco efectivamente o no. Entonces podre hacerle a usted una especie de informe comercial y decirle si puede fiarse en la compra de esa pieza.

Miss Cunder asintió.

—Es una buena idea —dijo—, porque demasiado sabes tú que a veces nos exponemos a comprar piezas robadas o sacadas ilegalmente de algún sitio. Pero me dijeron que Peter Cunard está trabajando en la restauración de un templo de Londres llamado Christ Row, un templo que llevaba casi ochenta años cerrado al culto. Le han dicho que algunas antigüedades se las puedes quedar, en pago de sus servicios, y de momento quiere vender el sarcófago. De todos modos, si tú me amplias detalles, será mucho mejor, Grace.

Grace apuntó febrilmente en un pedazo de papel: «Iglesia de Christ Row.» Y se lo guardó.

La señora Cunder había vuelto a las profundidades de su despacho, revolviendo las facturas que tenía bajo un extraño pisapapeles: una auténtica calavera del siglo XV. Nuevamente Grace se encontró sola y envuelta en aquel extraño clima de pesadilla, con los ojos clavados en el enorme sarcófago cuya tapa le fascinaba.

Algo le decía que Peter tenía que estar allí dentro. Allí dentro...

¡ALLI DENTRO!

El miedo le paralizaba la sangre. Sentía como si su pulso hubiera dejado de latir. Y también sentía lo que deben experimentar los pajarillos cuando son hipnotizados por una serpiente.

Avanzó hacía el sarcófago como una sonámbula, sintiendo que le zumbaban las sienes. Con manos temblorosas alzó el oxidado cierre de la tapa. Se produjeron una serie de chirridos y de gruñidos que parecían humanos, como si algo volviese a la vida en el interior de aquella siniestra caja.

Grace se estaba ahogando por momentos.

La tensión insoportable de sus nervios amenazaba con romperle el pecho. Alzó la tapa de pronto.

Y la tensión se rompió de pronto. Estuvo a punto de lanzar un grito de alivio. Porque el interior del sarcófago aparecía desnudo y vacio, como si no hubiera contenido restos humanos desde los tiempos de la Edad Media.

Miss Cunder preguntó desde el fondo del despacho:

—¿Ocurre algo, Grace?

—No. Simplemente he abierto el sarcófago para comprobar su estado por dentro. ¿Le importa que llame por teléfono?

—Claro que no. Llama.

Ansiosamente. Grace marcó un número. Le respondió una voz femenina:

—¿Si...?

—Chris, soy Grace.

—Hola, Grace. ¿Qué pasa?

—Quiero advenirle algo.

—Tienes la voz muy alterada. ¿Qué pasa?

—Peter.

Aquel simple nombre bastó para que se notara una invisible tensión al otro lado del cable.

—¿Peter? ¿Qué pasa, Grace?

—No sé si te enteraste de su muerte.

—Sí. Lo leí...

—Pues no creas la noticia. No ha muerto.

—¿Qué..., qué dices?

—Lo he visto. Y sé que me persigue... Sé que tratará de acabar conmigo como más tarde quizá trate de acabar contigo. Pero conozco su refugio.

—¿Dónde... está?

Grace no contestó directamente. Musitó:

—Márchate cuanto antes de Londres. Chris. Si puedes, márchate de Gran Bretaña.

—¿Tú qué piensas hacer?

—Me marcharé enseguida.

—Pero tú tienes un empleo... No eres lo mismo que yo, que tengo una profesión liberal. ¿Vas a perderlo?

—Me arriesgaré a eso. Pediré unas vacaciones anticipadas... No sé. Pero no puedo seguir así, Chris. Oye... Si me ocurriera algo, llevo un papel con una dirección apuntada. Hazte con ella y actúa en consecuencia. Ahora no puedo decirte más porque temo que me escuchen. Adiós...

Colgó velozmente. La dueña de la tienda salía en aquel momento de su despacho, con una expresión parecida a la de la calavera que tenía sobre la mesa. Flotando siempre por encima del tiempo, miss Cunder susurró:

—Necesito hacer unas gestiones en el Banco. Si viene algún cliente atiéndelo como de costumbre, Grace.

—Sí, señora...

Grace no se atrevió a desobedecer una orden tan normal, especialmente cuando pensaba pedir unas vacaciones anticipadas. Tampoco se atrevió a decir que tenía miedo, porque la señora Cunder se hubiese puesto a reír. Hay cosas que no se pueden explicar con palabras.

Oyó la campanilla de la puerta. Y luego nada.

El silencio la iba envolviendo.

Sólo los mil ruidos furtivos de la tienda, donde los objetos parecían cobrar vida, interrumpían de vez en cuando aquella especie de calma siniestra.

Grace intentó concentrarse en el trabajo.

Más de una vez estuvo tentada de irse de allí y cerrar la tienda, porque en un sitio público tendría mucho menos miedo, pero no se atrevió a hacerlo al pensar en miss Cunder. También estuvo a punto de telefonear a la policía dando la dirección de Chris Row, pero ¿qué demonios iba a hacer la policía allí? ¿Con qué justificación legal actuaría?

Se hizo el propósito de ir a la comisaría más cercana en cuanto pudiese cerrar la tienda.

Explicadas cara a cara, las cosas podían ser distintas.

Volvió a tratar de abismarse en su trabajo.

Y llegó a perder la noción del tiempo. Sin poder apartar los ojos del sarcófago, notaba cómo iba cambiando la luz. En la tienda no entraba ningún cliente, como si de pronto aquello hubiera pasado a estar en el fin del mundo.

El teléfono privado de la señora Cunder sonó entonces en el despacho. Ella corrió a contestar.

Era la propia miss Cunder.

—Perdona que tarde tanto —dijo—. Tengo que hablar con el director del Banco porque han pagado unas facturas que no eran mías. Dentro de media hora estaré ahí.

—Bien, señora.

Y colgó de nuevo. Con un escalofrío volvió a la tienda. La luz de aquella parte de Londres se iba haciendo más triste y más gris.

«Va a llover otra vez —pensó maquinalmente—. Vienen seguidas las tormentas...»

Y se puso a repasar los albaranes de las últimas ventas. Con movimientos maquinales intentó fumar un cigarrillo, pero ni eso pudo. De pronto le pareció que se oía un crujido a su espalda.

Se volvió con la rapidez del rayo.

Pero todo estaba tranquilo, quieto. La luz se iba haciendo cada vez más gris. La madera del sarcófago brillaba.

Contuvo la respiración.

A Grace le pareció que la tapa del sarcófago no estaba en el mismo sitio.

«Tonterías —pensó—, tonterías...»

De todos modos, fue a asegurarla bien. Levantó un poco la tapa para encajarla y asegurar el cierre.

Y fue entonces cuando la mano surgió de pronto. La mano con el anillo color escarlata.

Fue entonces cuando la tapa casi saltó sobre sus goznes.

Cuando ella se encontró de pronto ante aquella aparición surgida del fondo de la muerte, surgida del fondo del sarcófago.

Grace apenas pudo decir:

—Peter...

Pero la voz no la oyó ni ella misma. Estaba helada.

Tenía plomo en los pies.

La figura del muerto avanzó, tendiendo las manos lentamente.

Grace repitió entonces, sabiendo que aquélla iba a ser su última palabra:

—Peter...

Y entonces se derrumbó. Entonces el color gris se transformó en un espantoso color negro.

Sintió que unas zarpas de hierro le apretaban la boca. Y que todo daba vueltas como en un Carrousel trágico.

CAPITULO VII

El inspector Cloud, de la Sección de Homicidios de Scotland Yard, sintió que se marcaba.

Se tenía por un hombre entero, y sin embargo ahora las rodillas empezaron a fallarle.

El vértigo le dominó porque nunca había visto una cosa parecida.

Miss Cunder, la dueña de la tienda, tampoco lo había visto jamás, pese a tener seguramente docenas de viejas estampas medievales que describían aquel suplicio. A miss Cunder la habían tenido que llevar apenas entró en la tienda, presa de una terrible crisis nerviosa.

Cloud musitó:

—Luger...

Luger estaba allí. Su cara parecía tallada en un bloque de piedra. Sus ojos vacíos no miraban a ninguna parte.

Cloud, como encargado de la investigación, susurró:

—Te he hecho llamar, Luger, porque sabía que estabas en Londres. Esta mañana has telefoneado al Yard para un asunto sin importancia y he podido enterarme. Este caso se relaciona de alguna manera contigo.

—¿Conmigo? ¿Por qué?

—Verás... Hace poco una mujer fue ahorcada en un hotel cercano a Burbank, donde tú estás a cargo de la policía local. Fue un crimen espantoso, del cual habló toda la prensa, y sobre el cual nada se ha averiguado aún. No, no es que te reproche nada... Todos sabemos lo difícil que es dar con una pista, cuando se trata de crímenes satánicos parecidos a éstos. Pero lo que une a ambos casos, aparte lo horripilante del delito, es que ambas mujeres se conocían.

Luger dijo:

—Tal vez.

Y miró a la víctima. También sintió que algo vacilaba en él, como antes había vacilado el propio Cloud.

Fue Cloud el que musitó:

—Le taparon la boca con esparadrapo muy bien asegurado. Por eso nadie la oyó gritar.

—En... entiendo.

—El asesino supo que necesitaba tiempo y se lo tomó. Cerró bien la tienda. Debía haberse enterado ya de que miss Cunder tardaría en regresar, porque sin duda la vigilaba.

—Sí.

A Luger le costaba hablar.

Cloud prosiguió con una voz que no parecía la suya:

—El empalamiento es el suplicio más repugnante y cruel que conozco, más repugnante y cruel que la mismísima hoguera. Es una forma de ejecución

que llega de las profundidades de la Edad Media, pero que ya parecía olvidada para siempre. Al menos cuesta creer que un ser humano tenga hoy la maldad, el salvajismo, la incultura suficientes para matar a otro de esa forma. Mira...

No hacía falta que mirara. Luger sentía una especie de profunda náusea.

—Para el empalamiento —dijo Cloud— se ha utilizado una estaca verdaderamente auténtica, una de las utilizadas para esa clase de suplicios en la Edad Media. Se ha tendido a la víctima, que entonces debía estar sin conocimiento, sobre una mesa grande, y se la ha atado a ella. Luego el martirio ha empezado.

Luger echó la cabeza para atrás. Se nublaban sus ojos. Como si estuviera ya redactando en aquel momento el atestado policial, Cloud siguió diciendo:

—A la chica le han subido las faldas y le han quitado las bragas. Podemos reproducir la operación minuto a minuto, por lo que se ve aquí. Luego han empezado a empalarla introduciéndole la punta de la estaca por el conducto natural, que es el ano. Por la cara de la víctima, se ve que entonces Grace ya era consciente del terrible dolor que sufría. Tiene los ojos fuera de las órbitas, fíjate, y los dedos se le han roto de tanto apretar la mesa donde la tenían atada. La estaca ha ido penetrando en su vientre, destruyéndolo todo a su paso, hasta llegar al estómago y provocar una hemorragia masiva. Es de suponer que para entonces Grace ya estaba muerta, porque el suplicio no ha ido más allá. En la Edad Media parece que había verdugos particularmente expertos que sabían mantener con vida a la víctima hasta que la estaca salía por la nuca o por la misma boca. Cada vez que pienso en eso me resisto a creer que en la historia de la Humanidad puedan haber sucedido cosas semejantes. Y. sin embargo, ahora me encuentro con un caso auténtico aquí, ante mis ojos... ¡aquí!

Notaba una arcada en el estómago. Con voz que no parecía la suya, masculló:

—He pedido autorización al juez para arrancarle la estaca.

En efecto. Grace la llevaba clavada aún. El espectáculo era para acabar con la fuerza del más entero. El forense, que examinaba por fuera el aspecto de la víctima, decidió:

—Yo me encargaré de eso. No podemos llevar el cadáver al depósito así. Imagino que el suplicio debió durar una media hora.

Luger balbució:

—Imposible...

Cuando retiraron a tirones la estaca, el espectáculo fue más macabro aún. Sólo el forense y sus auxiliares tuvieron valor para quedarse allí. Y porque no les cabía otro recurso.

Mientras tanto los policías de Scotland Yard tomaban medidas, hacían comprobaciones, anotaban datos... Nada quedaba por examinar. El propio Luger ayudaba a aquellas tareas como un sonámbulo.

Preguntó a Cloud:

—¿Por qué dices que se conocían la mujer que murió ahorcada en Burbank y la que ha muerto empalada en Londres?

—He hecho investigaciones.

—¿De qué clase?

—Rutinarias en cierto modo, como las hubieras hecho tú. Lo primero que procuré fue conocer la identidad y relaciones de la víctima.

—¿Y qué relaciones eran ésas?

—Bueno... Grace era en este momento una empleada más bien modesta, pero hace algunos pocos años tenía dinero para gastar. Quiero decir el suficiente para permitirse algunos lujos, como por ejemplo un viaje de dos meses a Egipto, donde pensaba desarrollar su gran afición, que era la arqueología. Para ese viaje se formó un grupo de unas siete personas más. Tres de ellas eran mujeres, aparte la propia Grace.

—¿Qué mujeres? —susurró Luger.

—Una de ellas Silvia, la ahorcada en la ciudad de Burbank. Otra, una muchacha llamada Chris, cuya dirección desconozco, aunque en este momento mis hombres trabajan para encontrarla. La otra se llamaba Linda y murió hace dos años en circunstancias que hicieron pensar en un asesinato. Lo curioso es que no fue la única.

—¿No?

—Claro que no. Casi al mismo tiempo empezaron a producirse una serie de coincidencias muy bien montadas, pero que no se las tragaría ningún auténtico policía profesional. De los cuatro hombres que habían hecho el viaje, tres murieron también en accidentes casi inexplicables. Puede decirse que del grupo sólo queda viva la muchacha a la que estoy buscando, esa que se llama Chris.

—Y un hombre, ¿no?

—Sí. El experto que conducía la expedición. El que les llevó a rincones todavía ignorados de la vieja Tobas y el Valle de los Reyes.

Luger encendió un cigarrillo.

Sus ojos se habían entrecerrado.

—¿Cómo se llamaba ese hombre? —musitó.

Cloud tardó unos segundos en contestar. Miraba al vacio como si esperara alguna respuesta en el aire.

Y luego musitó:

—Se llamaba Peter. Peter Cunard concretamente.

* * *

El nombre no pareció decir nada a Luger. Siguió fumando tranquilamente, sin demostrar la menor emoción. Entre volutas de humo musitó al fin:

—Te equivocas. El hombre al que acabas de mencionar ya no está vivo. Murió en su casa cercana a Burbank hace poco tiempo.

Cloud se volvió de pronto.

—¿Eso es cierto. Luger?

—Claro. Puedo enseñarte su certificado de defunción.

—¿Y... la palmó de muerte natural?

—Claro —susurró Luger.

—¿Seguro?

—Yo mismo estuve en contacto con el médico que lo atendió durante su enfermedad.

Fue un asumo clarísimo.

Cloud suspiró:

—En cierto modo me quitas un peso de encima, Luger.

—¿Porqué?

—Al menos uno de los que fueron en ese viaje a Egipto ha reventado de algo que no es muerte violenta.

—¿Es que tú crees en las maldiciones, Cloud?

—¿Qué maldiciones?

—Por ejemplo las de las momias egipcias... y todo eso.

—Ya no quedan momias egipcias por descubrir. Todo está explotado y rastrillado en el valle del Nilo.

—¿Quién sabe? Egipto es enorme. Tal vez aquel pequeño grupo, si Peter era realmente un experto como parece, descubrió algo interesante.

—¿Algo que llevase consigo una maldición?

—Pudiera ser.

—Nadie cree ya en eso, Luger.

El joven policía dijo con voz opaca:

—No lo sé.

—De rodos modos, tú tenías medios para averiguar algo en ese sentido. Quizá sepas si eso es cierto.

—¿Si es cierto qué?

—Que Peter descubrió en el valle del Nilo algo interesante, como por ejemplo un objeto maldito.

—¿Y cómo habría de saberlo yo?

—Por la sencilla razón de que habrás estado varias veces en la mansión de Peter. El tenía una casa muy hermosa cerca de Burbank.

La mirada de Luger seguía siendo una mirada perdida.

—En efecto, he estado varias veces allí —dijo.

—¿Y viste algo en ese sentido?

—No te lo sabría decir. Aquella casa es un musco. Hay montañas de cosas por observar, y un visitante ocasional no puede verlas todas.

—¿Quién tiene ahora la casa?

—Su viuda. Se llama Nancy. Cloud musitó:

—Tal vez sea necesario hacerle alguna visita. De eso podrías encargarte tú, puesto que es tu demarcación.

—Lo haré con mucho gusto —dijo Luger.

—¿Qué relación tienes con ella?

—¿Quieres decir si somos amigos?

—Si os tenéis confianza y te dará facilidades para la investigación o no. Eso es lo que he querido decir.

—Pché... —hizo Luger—, la he visto como a tantas otras personas de Burbank. Cuando murió su marido, me ocupé de algunos trámites legales porque ella era una mujer sola y no sabía qué hacer. Pero no hay más confianza que ésa.

Cloud dijo:

—Es bastante para empezar. Oye...

En aquel momento sus palabras se cortaron porque acababa de abrirse la puerta del despacho en el que estaban los dos. El forense entró con las manos convertidas en dos masas gelatinosas y rojas.

—Terminado —dijo.

—¿Terminado qué?

—El cadáver ya tiene la estaca fuera. Nunca había visto una cosa igual. Se lo van a llevar a la Morgue.

—Infiernos... —dijo Luger.

—¿Quieren ustedes algo?

—No, nada —susurró Cloud—. Cuando tenga el informe me lo pasa, aunque las causas de la muerte están más que claras, desgraciadamente.

—Le diré si hubo drogas —prometió el forense—. A veces, en esa clase de suplicios, se usan para adormecer a la víctima. O si hubo alguna clase de mutilaciones, en cuyo caso nos encontraríamos ante algo así como un caso de satanismo.

—De acuerdo, gracias. Y no hable más porque siento vértigo.

El médico se largó. Tenía prisa por llegar cuanto antes a un sitio donde se pudiera lavar las manos.

Cloud suspiró y miró a Luger.

—¿Qué vas a hacer? — preguntó.

—De momento, pensar.

—De acuerdo. Si tienes alguna idea, me llamas.

—Es difícil que yo tenga ideas. ¿Pero estarás aquí?

—Sí, de momento.

—Okay.

Y Luger se esfumó. La luz ya casi negra de Londres se lo acabó tragando. Cloud fue hacia las profundidades de la tienda otra vez.

Habían terminado de hacer fotos y tomar medidas.

Todo estaba envuelto en un espantoso silencio. La tienda era un sepulcro.

De pronto, aquel silencio fue roto por el tintineo del teléfono en uno de los departamentos.

Uno de los policías fue a descolgarlo. Cloud hizo un gesto.

—Espera...

Lo descolgó él. Una voz femenina preguntó:

—¿Grace?

—Un momento, que enseguida la llamo. ¿De parte de quién?

—Chris.

Los dedos de Cloud temblaron en el auricular.

—La busco—dijo—. No se retire.

Fingió buscar mientras retenía el aparato. Sus dedos seguían temblando. Al otro lado del hilo tenía a la muchacha que andaba buscando, la muchacha que también podía morir, y no estaba dispuesto a dejarla escapar. Pero tampoco convenía asustarla, porque de lo contrario la muchacha se escondería. Volvió a hablar, transcurrido un minuto:

—Oiga...

—¿Qué?

—Grace está en el lavabo. Me ha hablado a través de la puerta. Óigame dónde puede localizarla y ella la llamará a usted enseguida.

Hubo una leve vacilación.

La voz femenina hizo entonces una pregunta inesperada:

—¿Qué lavabo?

—No la entiendo, señorita.

—Quiero decir si el del pasillo o el del despacho. Porque el del despacho tiene un ramal de teléfono y se puede conectar.

Cloud suspiró.

—Lo siento —dijo—. Es en el del pasillo. No se puede conectar en este momento a Grace», ¿Dónde está usted?

—En ninguna parte.

—Oiga.... ¿qué quiere decir?

—Sólo hay un lavabo en la casa, no dos —murmuró la voz—. Usted no ha hablado con Grace. Grace no está ahí. ¡Y quiero saber lo que le ha ocurrido!

—Le hablaré de eso —dijo Cloud—. ¡Oiga! Inútil.

Al otro lado de la línea cortaron la conversación.

Cloud miró el teléfono como si quemara. Su plan se había ido al diablo. Chris se había asustado; tenía motivos para creer que él era el propio asesino y ahora se escondería en el fin del mundo.

Lanzó una maldición.

Y se dispuso a seguir registrando aquello por si hallaba algo de interés. Pero no sabía que la única cosa interesante ya estaba fuera de allí.

El cadáver la llevaba encima.

* * *

La muchacha entró lentamente en la Morgue. Las piernas apenas la sostenían.

Tenía tanto miedo y sentía al mismo tiempo tanto asco que le costaba un enorme trabajo respirar.

El empleado que parecía haber surgido del fondo mismo de las sombras preguntó en un susurro:

—¿Alguna identificación?

Había dado por supuesto que una muchacha que llegaba con aquella cara de miedo venia para eso. Chris hizo un gesto afirmativo mientras le temblaba hasta la mandíbula.

—¿Qué nombre?

—Grace Nolan.

Quizá se equivocaba, pero su instinto le decía que no. Su instinto le decía que Grace había sido asesinada y que su cuerpo estaba allí. Posiblemente el hombre que habló con ella por teléfono era el propio asesino, y había tratado de acabar también con ella metiéndola en una trampa.

Pero, por otra parte, el corazón de Chris latía aceleradamente y le decía que tal vez había esperanzas aún. Que tal vez Grace no estuviese allí porque no había sido asesinada...

Sus esperanzas se derrumbaron de pronto cuando el empleado consultó una breve lista y dijo:

—Sí. Pase.

Chris se encontró de repente metida en aquel mundo fantasmagórico de mesas silenciosas y de cuerpos rígidos. Ignoraba que la propia Grace había estado allí antes de morir. Mientras contenía la respiración, notó que la introducían en una pequeña pieza al margen de las otras.

Y vio allí el cuerpo de Grace.

Su espantosa cara le hizo lanzar un grito de horror.

Se notaban aún junto a la boca las huellas del esparadrapo que le había impedido gritar durante el suplicio.

Los ojos aún seguían fuera de las órbitas.

Había en aquella cara algo espantoso, algo que estaba más allá del sufrimiento humano. Y eso que Chris no vio lo otro. Y eso que no vio las heridas espantosas entre las nalgas de la muerta.

—Pero ¿cómo la han matado? —balbució—. ¿Cómo...? El empleado no se lo dijo.

—¿La identifica? —preguntó solamente, con una perfecta voz de agente funerario.

—Si...

—¿Es Grace Nolan?

—Si...

—¿De qué la conocía usted?

—Éramos... amigas.

—¿Dónde vive? Enséñeme sus documentos.

Ella los entregó. No tenía por qué ocultar nada. Fue anotada su dirección.

—Firme aquí, por favor.

Chris lo hizo. Estaba tan asustada que su firma fue un garabato inextricable.

—Puede irse, señorita... Gracias por su colaboración. Chris tuvo una crispación en la garganta.

—Oiga...
—¿Qué?
—¿No podría quedarme un momento a rezar junio al cadáver? Grace y yo éramos... muy amigas.
—Por supuesto que sí. Cuando termine, tenga la bondad de salir por esa puerta.
—Gracias.
Chris parecía completamente hundida, pero cuando estuvo sola se transformó en una especie de torbellino. Recordaba perfectamente lo que Grace le había dicho acerca de que llevaría entre sus ropas la dirección del asesino, o al menos el sitio donde era posible dar con él. Buscó de una manera febril.
Y no le fue difícil encontrar aquel pequeño papel con el que la policía no había dado aún. Lo miró mientras lo guardaba: «Iglesia de Christ Row.» Y salió inmediatamente.
El empleado preguntó:
—¿Se marcha?
—Sí, gracias.
El tráfico de la calle mareó a Grace, pero no disminuyó su decisión. Sabía que tenía que llegar hasta el fin.
Tomó un taxi.
Y casi cuando el taxi arrancaba, un coche de la policía se detuvo ante la Morgue.
De él descendió un hombre medio calvo que no era sino el inspector Cloud. Se metió en el fúnebre recinto como un rayo.
El empleado estaba comiendo un bocadillo de salchichas.
—Hola, inspector — dijo—. ¿Quiere?
—Váyase a tomar viento.
—Jolín, que modales!
—Es posible que una mujer venga a ver el cuerpo de Grace Nolan, el que han traído hace unos momentos. Acabo de hablar con ella por teléfono y es fácil que sepa ya que Grace está muerta. Quiero que esa mujer no salga de aquí. Necesito hablar con ella.
El empleado dejó el bocadillo y gruñó:
—Oiga, ¿sabe su nombre?
—Chris.
—¡Demonios, pues ya ha venido aquí! ¡Acaba de irse! Cloud palideció.
—¿Y ha reconocido el cadáver?
—Claro...
—Habrá tenido que dejar la dirección, claro —murmuró el policía con un brillo de esperanza en los ojos—. Los reglamentos lo exigen.
—Naturalmente. La tengo aquí.
Cloud sujetó el documento como si fuera su tabla de salvación. Descolgó el teléfono para llamar a la sección de patrulleros.

Dio la dirección a gritos. Necesitaba que unos agentes fuesen a aquel domicilio. Que le trajeran a la muchacha con toda cortesía, pero que se la trajeran. Nada de dejarla escapar.

La respuesta llegó quince minutos más tarde.

—Soy el sargento Vance, inspector. Hemos estado con dos patrulleros en la dirección que nos ha dado. La chica vive ahí, pero no está. Hemos montado un discreto servicio de vigilancia por si aparece, aunque no hay rastro de ella.

Cloud dijo con voz helada:

—Gracias. Y colgó.

Había palidecido intensamente. Mientras sus dedos se crispaban musitó:

—Pero ¿dónde demonios puede estar esa chica ahora? ¿Dónde...?

CAPITULO VIII

Chris vio el callejón que partía de Saint Stephen's Road, en el viejo Whitechapel. Era un barrio de inmigrantes, poblado por indios, paquistaníes y gente de color que había ido llegando desde Kenia, desde Uganda, desde las viejas poblaciones del océano Índico... Las huellas de Jack el Destripador se habían perdido, pero aún quedaban bastantes callejones y bastantes casas tétricas de la época en que el asesino se hizo famoso. A aquella hora neblinosa el silencio empezaba a flotar sobre las piedras seminegras, donde no se veía a nadie.

Whitechapel es ahora un barrio de gente que se levanta temprano, y además los callejones se han vuelto peligrosos otra vez. Desde el anochecer, nadie los frecuenta.

La muchacha miró hacia el fondo de aquella especie de pasadizo medieval. Una flecha ya comida por los años indicaba: «Christ Row.»

Por lo que pudo ver, se trataba de un templo que estaban restaurando, debía llevar muchos artos cerrado al culto, porque parte de su estructura se había hundido. En torno suyo todo era silencio y olvido, como si allí se hubiese detenido el tiempo.

Un silencio y un olvido que estaban cargados de misterio.

La muchacha tocó en el fondo de su bolso la «Barata» del 7,65 que siempre llevaba encima desde que cierta vez intentaron violarla. No sabía si el asesino estaba allí, pero en todo caso ella no se iba a comportar como una niña indefensa. Avanzó.

La puerta estaba sólo entornada.

Una luz espectral brillaba en el interior.

Se filtraba por los amplios ventanales, aunque dentro de unos minutos allí no se vería nada.

Chris oyó sus propios pasos.

Con la pistola en la mano, avanzaba poco a poco. Sus ojos se clavaban en cada relieve, en cada pasillo, en cada altar donde ya no había imágenes, pero que en cambio estaban llenos de rejas y rincones.

El silencio era espantoso.

La luz se iba haciendo más y más indecisa.

Hubo un momento en que la sensación de amenaza penetró en el corazón de Chris como un veneno, estando a punto de hacerla retroceder. Lamentó no haber avisado a la policía, pero ¿a la policía qué podía decirle?

Quería ver las cosas por sí misma.

Y si alguien trataba de atacarla... se acordaría de ella.

Dio una vuelta completa al templo, pasando por detrás de lo que había sido el aliar central. El suelo estaba lleno de viejas tumbas. Muchas de ellas estaban destapadas y vacías, mostrando huecos donde hubiera podido ocultarse perfectamente un hombre.

Pero no había nadie. Todo estaba absolutamente silencioso y quieto. Chris pensó que se había equivocado y fue a salir.

De pronto se estremeció, sobrecogida. Sus ojos se desencajaron.

Porque en todo el templo resonaba aquella solemne música.

¡¡El órgano se había puesto a funcionar!!

¡Y lanzaba a las ondas un siniestro himno de réquiem! ¡El himno de los muertos!

* * *

Chris giró la cabeza hacia arriba. Una palidez cerúlea la invadió, mientras sentía que el miedo le hacía temblar las rodillas.

Pero al cabo de unos segundos intentó serenarse. Bueno, aquello podía ser la mar de natural, al fin y al cabo. El órgano ya debía estar restaurado, y alguien lo probaba. Que interpretara un himno de difuntos era también natural, teniendo en cuenta que estaban en una iglesia.

Se dio cuenta de que el enorme aparato musical se hallaba en un plano superior, en un primer piso que comunicaba con la gran nave principal por medio de una galería. Y en un momento en que la música se hacía menos intensa, Chris gritó:

—Eh... ¿Hay alguien ahí? Silencio.

La música cesó de pronto.

—¿Hay alguien ahí? ¡Por favor!

Más silencio. El ser humano que estaba arriba, si es que era un ser humano, la había oído, pero no contestaba. Chris retrocedió poco a poco basta una de las columnas y se apoyó en ella, para saber al menos que no podían atacarla por la espalda.

—¡Oiga! —volvió a chillar.

Unos pasos sonaron en la escalera. Alguien bajaba.

Eran unos pasos solemnes y lentos. Chris musitó:

—Gradas a Dios... ¡Oiga!

Y entonces los pasos cesaron.

El hombre vestido de negro apareció ante sus ojos, al final de la escalera. Y Chris dijo con una voz que no parecía la suya, con una voz de muerte:

—Peter...

Los viejos recuerdos volvieron hacia Chris como una alucinación, como una pesadilla. Recordó el viaje a Egipto, el hombre que las acompañó, lo que habían descubierto, la separación... Y luego las muertes. Un inmenso baño de sangre lo cubría todo. La sombra de la guadaña flotaba sobre sus cabezas.

Y ahora Peter estaba allí. Venia hacia ella.

Peter, en cuyos ojos palpitaba la muerte... Chris no lo dudó.

Su miedo era tan intenso que las manos se le movieron solas. Abrió el bolso, sacó la

«Baretta» e hizo fuego.

Las detonaciones resonaron como trallazos en el templo, pero no debieron oírse más allá de las gruesas paredes. La muchacha envió tres balas contra aquel cuerpo que avanzaba, dándole de lleno en mitad del pecho.

Pero Peter siguió avanzando.

Las balas no le habían producido el menor efecto. Una siniestra sonrisa flotaba en su boca.

Chris sintió que las rodillas se le doblaban y que estaba a punto de desmayarse. Tenía licencia de armas desde bastante tiempo atrás y sabia que una pistola del 7,65 no hace demasiados milagros, pero aun así las balas tenían que haber tumbado a Peter a aquella distancia. El hecho de que aquel hombre siguiera avanzando sólo se explicaba si llevaba debajo de la ropa un delgado chaleco antibalas... o era inmortal por la sencilla razón de que ya estaba muerto.

Ahora sí que Chris ya no pudo más. Sus ojos se nublaron.

Se dio cuenta de que iba a caer de bruces.

El recuerdo espantoso del cuerpo de Grace acabó de hundirla. Pensó que a ella le podía ocurrir lo mismo. La pistola estuvo a punto de resbalar de entre sus dedos mientras lanzaba un gemido de horror.

Pero su pensamiento seguía viviendo. Su pensamiento pareció gritarle dentro del cráneo: «¡Si lleva un chaleco antibalas, tírale a la cabeza! ¡A la cabeza!»

Movió la «Baretta» otra vez.

Pero entonces se dio cuenta de que Peter ya no estaba allí. La penumbra del viejo templo se lo había tragado. Una luz casi extinguida, mortuoria, llenaba aquel vacio, aquella soledad espantosa.

La muchacha giró sobre sí misma. Pensaba haber sufrido una alucinación.

La pistola cayó definitivamente de entre sus dedos, puesto que ya no tenía fuerzas para sostenerla. Y ahora solamente pensó en huir, en escapar de allí, en salir de aquel infierno, aquel infierno, aquel inf...

Sus pensamientos se detuvieron de pronto.

La boca se le secó mientras los ojos se le nublaban, haciéndole ver sombras.

Porque ahora Peter reposaba en una de las tumbas vacías. Y se estaba alzando lentamente hacia ella..., ¡hacia ella! ¡Con la rigidez de una momia!

Chris se desplomó de rodillas.

El miedo la había paralizado por completo. Su cabeza estallaba. Quiso levantarse, pero las piernas se negaron a sostenerla. De su garganta partió un estertor.

Vio el cuchillo de oro que avanzaba poco a poco hacia su cuello. Y lo reconoció.

Un cuchillo de oro macizo.

Ella misma lo había encontrado años antes en aquel lugar ignorado de todos, entre las arenas del Valle de los Reyes.

Y entonces miró al fondo de aquellos ojos. Se dio cuenta de que los

reconocía muy bien.

Se dio cuenta también de que no eran los que ella imaginó. De que aquellos ojos pertenecían a..., a...

Pero ya no pudo seguir pensando más. El cuchillo volaba hacia ella.

Chris pensó:

«¡Dios mío!»

Y se tragó su propia sangre.

Todo el barrio de Whitechapel estaba tranquilo a aquella hora. La noche había cerrado del todo. Apenas había tráfico por las calles.

Nadie se fijó por tanto en la figura vestida de negro que salía del templo a medio restaurar. Y tampoco hubiera llamado la atención caso de fijarse alguien en aquella figura, porque últimamente entraban en Christ Row arquitectos y artistas que iban vestidos muchas veces de forma estrafalaria.

El personaje que salió de allí, de todos modos, no iba vestido de una forma estrafalaria; iba vestido de una forma siniestra.

Llevaba ropas completamente negras, un sombrero también negro y guantes en las manos. Cualquiera hubiese podido pensar que era la resurrección de Jack el Destripador, pero en los viejos callejones no le vio nadie.

Un «Austin» de aspecto funerario estaba aparcado en las cercanías. Se metió en él silenciosamente.

Luego cruzó el Támesis y se dirigió hacia las afueras de Londres, hasta más allá de Chelsea. El «Austin» desfiló ante unas interminables hileras de casas de ladrillo con jardín delantero, entre parques donde crecían los robles. Gran Bretaña, que es uno de los países más densamente poblados del mundo, tiene tanto respeto por los edificios de baja altura y las zonas verdes que da la sensación de que la gente tiene mucho más espacio del que necesita. Las sombras lo iban borrando todo y eso hizo también que nadie se fijara en aquel extraño personaje que en cierto modo parecía arrancado de una historieta de horror. Pasó como una exhalación ante los robles centenarios y ante las casas fantasmales y vacías.

Se detuvo entonces en un lugar que estaba muy de acuerdo con el aspecto de aquelarre que él ofrecía. Era una feria de atracciones que estaba siendo desmontada y que tenía un aspecto lóbrego e inhóspito a la luz de la luna.

Unas cuantas bombillas polvorientas brillaban aquí y allá, para que nadie se rompiera la crisma entre las instalaciones. Quedaba el esqueleto metálico de una montaña rusa, quedaban las casetas de feriantes que se estaban pudriendo con la lluvia y unas pequeñas oficinas desde las que se dirigía el desguace. Pero eso era en horas diurnas, porque ahora allí no había nadie.

El siniestro personaje aparcó el coche. Más allá todo era silencio, y además la niebla empezaba a caer. Todo aquello tenía el aspecto de un cementerio.

Se metió en una de las casetas, donde brillaba una luz. Y de pronto se encontró en una especie de mundo mágico y lleno de espejos.

Allí los había de todas clases: altos, bajos, oblongos, chatos... Pero todos

tenían una cosa en común: deformaban la figura. Un hombre se veía allí con estatura doble de la normal o gordo y pequeño como un enano. En otro tiempo aquello había sido la delicia de las gentes ingenuas que visitaban la feria, pero en este momento los polvorientos cristales tenían un aspecto polvoriento y parecían hechos para reflejar la figura de un muerto.

Y la figura de un muerto reflejaron cuando el siniestro personaje apareció allí. Reflejaron una especie de fantasma que aquí era exageradamente alto, allí absurdamente bajo, más allá ancho como una playa... Pero en todos los espejos aparecían los ojos febriles, diabólicos, unos ojos donde palpitaba el Mal.

Esperó unos instantes.

La luz de las bombillas parecía irse extinguiendo y la penumbra se hacía más y más intensa.

De pronto el fantasma oyó unos leves pasos a su espalda. Se volvió bruscamente y con una inedia sonrisa en sus labios exangües, porque sabía que alguien tenía que venir a verle allí.

Y entonces aquellos ojos se desencajaron. De la garganta escapó un estertor ronco.

Porque la pistola había aparecido entre las sombras. Y la pistola le apuntaba en mitad de las dos cejas.

* * *

Cloud había repetido, sintiendo como si todo diera vueltas en torno suyo:

—Pero ¿dónde infiernos se habrá metido Chris? ¿Dónde? El hecho de que la muchacha hubiera desaparecido le inclinaba a pensar que había caído en una trampa. El misterioso asesino acabaría con ella.

Y el inspector miró a Ted Luger. Porque Luger acababa de reunirse con él y le miraba con expresión impasible, como si su pensamiento estuviera en otro sitio, muy lejos de allí. Cloud dijo con voz tensa:

—¡He perdido su pista por completo y necesito salvarla! ¡Seque va a morir...! Luger dijo con voz impasible:

—Pon sobreaviso a todos los coches patrulleros de Londres. Esa muchacha puede estar vagando por las calles, precisamente porque huye de alguien. Pero si ese «alguien» la encuentra... Yo también pienso como tú, Cloud. Sé que Chris va a morir.

Notó clavados en los suyos los ojos inquietos del otro policía.

—¿Qué sabes tú de esto, Luger? ¿Sabes algo que no me dices?

—¿Por qué piensas eso?

—No sé... Desde el principio he tenido la sensación de que en este caso veías más lejos que los otros. De que tenías una conducta extraña.

—¿Y por qué iba a tenerla?

—Acabo de confesarte que es una simple sensación, pero si sabes algo más te pido que me lo digas.

Luger se limitó a sonreír amargamente.

—Busca a Chris —dijo tan sólo—. Pon en pie de guerra a todos los coches patrulla de Londres, si hace falta, pero... ¡encuéntrala!

Y se largó de allí.

También él desaparecía como los fantasmas.

Pero era cierto que sabía algo más. Mucho más. Y, sin embargo, eran cosas que no podía confesar a Cloud, porque eran hilos sueltos. Faltaba ligar el cabo final. En torno suyo aún había nubes de misterio en las que nadie penetraba.

Subió al coche deportivo en el que había llegado desde Burbank y desapareó de la playa reservada a la policía en el New Scotland Yard, mientras el motor rugía como si sintiera el mismo nerviosismo que él sentía a veces. Luger condujo con la mirada perdida, mientras en su cabeza seguían flotando las sombras.

Sin embargo había una cosa concreta que de momento sabia, y que podía llevarle a algún sitio. En un plano del Gran Londres había visto señalado con un débil círculo un cierto lugar. Aquel plano de Londres estaba en poder de una persona a la que Luger conocía bien.

Pasó el Hudson, se metió en Chelsea y fue dejando atrás los barrios tranquilos con casas de ladrillo, donde se alineaban los jardincillos y los inmensos robles. Por fin su

«Sptifire», nombre tomado de uno de los más famosos aviones de la última guerra mundial, se detuvo en aquel viejo parque de atracciones que estaba siendo desguazado. Entre las sombras, vio el «Austin» negro.

Los ojos de Luger se achicaron. Perfecto... Estaba en el buen camino.

Su inspiración al recordar aquel plano le había servido esta vez. Paró el motor, se apeó y fue avanzando poco a poco entre las sombras.

Las huellas de unos pies le servían de guía. En la tierra húmeda, se marcaban nítidamente. Alguien había pasado por allí antes que él.

Y entonces se encontró en aquella sala fantasmal.

En la sala de los espejos donde todo era una pesadilla. Sacó la pistola poco a poco.

CAPITULO XI

Cuando el personaje vestido de negro vio que Luger le estaba apuntando, su reacción fue inmediata. Lanzando un grito, sacó también un arma mientras se dejaba caer a tierra para ofrecer menos blanco. La velocidad con que actuó fue sencillamente prodigiosa.

De su mano derecha brotaron dos fogonazos. Ni siquiera un hombre tan experimentado como Luger pudo seguirle con la mirada.

Pero Luger no se dejó cazar. Era demasiado ágil para eso. También se lanzó de costado, rompiendo con su cuerpo uno de los espejos.

Aquel espejo se convirtió en mil pedazos. La figura del hombre negro, que en el suelo se veía enorme y chata, desapareció.

Y entonces saltó la figura de Luger. Durante unos segundos pareció multiplicarse cien veces en aquel mundo espectral de los espejos. Luego desapareció igualmente.

Luger había disparado también. La bala rebotó en el suelo, con un ángulo que el policía había calculado perfectamente, y alcanzó al fantasma. Pero la herida fue superficial. No le impidió saltar y huir.

Los pasos resonaron en aquel lóbrego recinto. Como en una pesadilla o como en una película alocada, la figura del fugitivo se fue haciendo ancha, alta, baja, gorda, mientras los distintos cristales la reflejaban cien veces.

Los dos salieron al exterior, entre las bombillas que apenas disipaban las sombras.

Luego vio confusamente la espalda del fugitivo y gritó una sola vez:

—¡Alto!

De sobras sabía que era inútil. Disparó una vez más, pero las sombras lo confundían todo. Notó que la mancha negra se perdía entre los andamiajes de lo que había sido una montaña rusa.

Nadie oía los disparos en aquel paraje desolado, de modo que estaban como en una isla desierta. Luger corrió en zigzag, sabiendo que el fugitivo conocía todo aquello mucho mejor que él. Y que seguramente tenía oculta en algún sitio un arma larga.

Un rifle con mira telescópica y visor de rayos infrarrojos, capaz de hacer perceptibles los objetos en la oscuridad, era un arma terrible en aquel sitio. Y Luger se dio cuenta de que su enemigo la tenía cuando oyó aquel chasquido casi encima de su cabeza.

No entendía cómo el fantasma había podido llegar hasta allí, hasta la mitad de las montañas rusas, y cómo había encontrado el rifle tan pronto, pero ya no quedaba tiempo para pensar. Si pensaba, moría. De modo que se lanzó entre unos viejos bidones de pintura y los derribó mientras sonaba el trallazo.

La bala le pasó rozando.

Por el estampido, adivinó que trataban de cazarle con un rifle calibre 22 de tiro rápido y que además permitía ver en la oscuridad perfectamente. Pero las

armas con visor tienen el problema de que éste abarca un campo muy estrecho, y en consecuencia cuesta encontrar a la victima otra vez cuando se escapa. El rifle dejó de disparar mientras Luger daba dos vueltas sobre sí mismo.

De pronto salló. Tenía que alejarse de allí o estaba perdido. La vieja montaña rusa era un lugar desde el que le podrían batir fácilmente.

Giró la esquina de una vieja barraca. El anuncio de un encantador de serpientes pareció saltar sobre él. Las maderas crujieron.

Y entonces el fantasma negro... ¡apareció a unos veinte pasos!

No llevaba rifle. Luger tuvo la sensación de que todo aquello era una pesadilla, donde cada plano se veía de una forma distinta, pero tampoco le quedaba tiempo para pensar. Se pegó a la pared mientras una de las balas pasaba tan cerca que se le llevaba el botón central de la chaqueta.

Los dientes de Luger chirriaron. Disparó a su vez.

Las balas mordieron el aire mientras la figura vestida de negro, situada a unos veinte pasos, intentaba saltar.

Pero Luger había calculado sus movimientos a la perfección. No falló esta vez. La figura negra, al saltar, se cruzó en el camino de la bala.

Y se oyó un ronco grito. La sangre saltó.

Luger apretó el gatillo otra vez porque su enemigo seguía disparando maquinalmente. La segunda bala lo acabó de enviar al infierno.

Y entonces Luger bajó el arma. Sus facciones estaban impasibles. Avanzó poco a poco.

El fantasma estaba encogido en el suelo, con las manos agarrotadas sobre el pecho. Los dos impactos le habían alcanzado de lleno en el corazón, uno junto al otro.

Su cara estaba crispada también. Reflejaba la muerte.

Tras guardar la pistola, Luger se arrodilló ante el cadáver. Le bastó un registro sumario para darse cuenta de que llevaba un delgado chaleco antibalas de metal, y de que conservaba un viejo puñal egipcio de oro macizo. Aquel puñal, que era un arma más bien de adorno, pero que también podía matar, estaba manchado de sangre.

Los ojos de Luger se entrecerraron. Pensó en Chris.

Y se dio cuenta de que ya era demasiado tarde. Demasiado tarde para rezar incluso.

Dejó el puñal donde estaba porque no quería tocar nada más Seria necesario analizar muchas cosas antes de dejarlo todo resuelto. Pero no había terminado aún aquel gesto cuando sintió un contacto helado en la nuca.

No se volvió.

¿Para qué?

Sabía perfectamente qué era lo que acababan de apoyarle en la nuca. Sabía que era el cañón de un rifle calibre 22, con mira telescópica.

CAPITULO XII

La sensación de la muerte le invadió.

Sabía que sólo el grueso de un papel de fumar le separaba de las paredes del infierno. Bastaba con que un dedo se moviese y todo en su cabeza estallaría. El único consuelo que le quedaba era saber que moriría sin enterarse, sin sufrir. Pero no era en eso en lo que pensaba ahora.

Su cerebro era un volcán.

En este terrible momento casi deseaba la muerte.

Pero el rifle acarició su nuca sin disparar, pasó por su oreja, se le apoyó en la mejilla derecha y le obligó a volverse. Quizá querían matarle de frente, para que se diese más cuenta. Pero Luger ni siquiera pestañeó.

Preguntó mientras se volvía:

—¿Puedo ponerme en pie? No hubo respuesta.

Luger se irguió. Sus ojos vieron entonces la figura que tenía ante él, clavándole materialmente el rifle en la boca.

Y entonces la cara del hombre dejó de estar impasible. Hubo un rictus de asombro en su boca.

Porque de nuevo el muerto estaba allí. Con sus ojos brillantes. Con su boca burlona. Con sus ropas negras.

Muchas personas hubieran podido reconocerlo. Y Luger cambien lo reconoció. Dijo con un hilo de voz:

—Peter...

* * *

El muerto estaba a espaldas de Luger, pero Luger tenía enfrente a otro fantasma igual que estaba vivo. Y apuntándole con un rifle del 22 que le volaría la cabeza de un soplo.

Pero aquel asombro de Luger duró sólo un segundo. Sus facciones volvieron a mostrarse impasibles otra vez.

La pregunta vibró entonces en el aire:

—Quizá no lo esperabas, Luger.

—Sí. Lo esperaba. Nancy.

Hubo una leve contracción en el cuerpo del fantasma.

La alta mujer, tan alta como un hombre, movió la mano izquierda y se quitó las cejas postizas sin dejar de apuntarle. Se quitó de un tirón la mascarilla de plástico, que imitaba perfectamente la piel humana. Quizá a plena luz se hubiera notado la trampa, pero en la penumbra la ilusión era tan macabra como perfecta.

Las anchas ropas disimulaban las formas perfectas de Nancy. Luger susurró:

—El muerto también lleva un maquillaje semejante, ¿verdad?

—Si —dijo la voz helada de Nancy.

—¿Quién es?

—Sin él no hubiera podido hacer nada.

—Te he preguntado quién es, Nancy.

—Y yo te digo que hablas demasiado.

—De acuerdo... Entonces seguiré hablando demasiado un rato más. Al fin y al cabo aquí nadie va a venir a ayudarme, de modo que puedes disparar cuando quieras. Ni tú ni yo tenemos prisa... Y te diré que quizá te he hecho un gran favor al matar a ese hombre.

—¿Por qué?

—Ya no te servía. Tú pensabas eliminarlo también. Nancy rió silenciosamente.

—Has acertado, muchacho. Premio.

—Pero me quedan muchas dudas. Nancy, montañas de dudas. Algunas de ellas me gustaría resolverlas antes de morir.

—¿Por qué?

—Porque así me podré quedar más tranquilo en el infierno. Otra vez la risita silenciosa, lenta.

—¿Y qué es lo que necesitas saber, Luger?

—Por ejemplo, el nombre de ese tipo que yace muerto aquí.

—Alexander.

—¿Por qué te ha ayudado?

—Estaba enamorado de mí. Locamente enamorado. Mas o menos... como tú.

Ahora fue Luger el que rió silenciosamente, pero no hizo el menor comentario.

Necesitó dejar pasar unos largos instantes antes de decir con voz opaca:

—¿Li fue quien apareció junto al ataúd vacio de Peter aquella noche, verdad? Fue la cara maquillada y reflejada en un espejo la que aquellas cuatro mujeres vieron.

—Si.

—Pero antes había tenido que sacar del ataúd el cadáver de Peter.

—Cierto.

—¿Dónde lo metió?

—De momento no costó nada ocultarlo debajo del túmulo. Aprovechó para eso el momento en que el mismo provocó un apagón de las luces.

—¿Y más tarde? ¿Qué hizo con él?

—Lo enterró en el parque que rodea la casa. Nadie lo buscará jamás allí. Peter, en realidad, tiene ya una tumba legal sobre la cual yo iré a llorar de vez en cuando muy desconsoladamente.

Y le hizo daño en la boca con el cañón del rifle mientras reía. Sus labios se curvaron en una mueca sarcástica.

—Pero tú no puedes denunciarme, amor —dijo—. Hay dos razones para que no te haya matado aún, Luger. Una de ellas es que me gustas en la cama,

¿sabes? Y como yo soy una chica muy exigente, me doy cuenta de que no encontraría para eso a demasiados hombres como tú. La otra razón tiene también una gran importancia: no puedes denunciarme porque te hundirías. Tú mismo, para poder tener las manos libres conmigo, me diste el veneno con el cual fui liquidando a Peter.

Luger negó con la cabeza.

Su mirada era dura y terriblemente fija.

—No, muñeca —bisbiseó.

—¿Qué?

—He dicho que no.

Nancy le miró con un estremecimiento, como si acabara de recibir un mazazo en plena cara, aunque ni por un momento dejó de apuntarle bien. Luego dijo con un soplo de voz:

—¿Te has vuelto... loco? ¡Me diste el veneno tú!

—No era un veneno.

—¿Cómo...?

—Era un producto inofensivo, Nancy.

Un nuevo temblor y un gesto de rabia. Luger tuvo la sensación de que iban a volarle la cabeza en aquel mismo momento.

Pero Nancy sentía ahora tanta curiosidad como él. No disparó.

—Pero entonces... —balbució—, ¿de qué murió Peter?

—De muerte natural. Un simple ataque al corazón. A millones de personas les pasa eso cada semana, pero tú creíste que era efecto del veneno y yo no te lo negué. Nunca dije que se trataba de una simple coincidencia.

Nancy farfulló:

—¿De modo que... muerte natural?

—Sí.

—Y por lo tanto me estabas engañando...

—De nada sirve negarlo ahora, Nancy.

—Eres un..., un...

—Puedes ahorrarle la palabra, Nancy. No soy precisamente un santo, pero en este caso quería hacerte un gran favor.

—¿Qué clase de favor?

—Evitar que cometieras un crimen.

—No acabo de entenderte, maldito hijo de perra.

—Claro que me puedes entender... No es tan difícil. Si no estuvieras tan horriblemente podrida, Nancy, si no hubieras jugado con los otros hasta el límite de la máxima crueldad, lo entenderías muy bien. Un hombre que te quería no podía convencerte en cinco minutos. Cuando me expusiste tu deseo de acabar con Peter, yo no te podía decir que no. Eso significaba perderte. En cambio, «ayudarte» significaba tenerte a mi lado siempre. Convertirnos en cómplices.

Y añadió con voz opaca:

—El cariño, cuando existe, tiene caminos muy extraños a veces, Nancy,

pero todo lleva a un mismo Fin: tener al lado a la persona que uno desea tener.

Mientras te daba aquel producto inofensivo y tú creías estar envenenando a Peter, me quedaba tiempo para hacerte reflexionar, para pedirte que te separaras de él sin matarlo. Tenía esperanzas de convencerte porque re quería, Nancy, y mientras tanto no cometías ningún crimen, no hacías nada irremediable. Pero me equivoqué. Estás más podrida que la piel de una hiena leprosa. Hubieras matado a Peter de todos modos. Ni la moral ni los sentimientos existían para ti. Sólo tu sucio camino.

Nancy volvió a reír. Su risa se iba haciendo por momentos más corrosiva y más lenta.

Sin dejar de apuntarle musitó:

—Je, je... Va sé lo que harán con mi piel el día que me muera.

—¿Qué harán7

—Regalársela al diablo para que se haga un abrigo con ella.

Y volvió a reír. Aquella situación parecía divertirle mucho antes de apretar el gatillo de una vez. Con voz opaca susurró:

—Pero en algo tienes razón. De todos modos hubiese matado a Peter. Nada ni nadie me podía hacer cambiar de propósito.

—¿Por qué esa obsesión. Nancy? No me dirás que lo hacías sólo para que tú y yo pudiéramos tener el camino libre...

—No, Ted. Ningún hombre me interesa hasta ese extremo. Pero había mucho dinero a ganar, y Peter estorbaba.

—¿Dinero a ganar? ¿Dónde?

—Demasiado sabes que Peter era un experto en arqueología egipcia. Durante un tiempo se dedicó profesionalmente a eso. No me salgas ahora con que lo ignoras.

—No. claro que no lo ignoro. Sigue.

—Hizo un viaje acompañando a un grupo de personas que sentían las mismas aficiones que él. Tres mujeres jóvenes formaban parte del grupo.

—No hace falta que me digas sus nombres. Silvia, Grace... y Chris.

—Sí. Eran chicas que en aquel momento tenían dinero y querían darse el placer de ese viaje. Fueron por los sitios convenidos y habituales, esos sitios por los que va todo el mundo, hasta que Peter decidió dar crédito a una vieja leyenda que había oído contar. Le habían hablado de que las pirámides son una especie de mundo mágico.

—No se trata de ninguna leyenda —dijo él con voz inexpresiva, tratando de ganar tiempo—. Hay muchos matemáticos que hablan de las pirámides como símbolos llenos de sentido oculto. Algunos dicen que fueron levantadas por seres extraterrestres para que sus naves tuvieran un punto de referencia al llegar a la Tierra. Pero ¿en que se fijó Peter? ¿Cuál era su secreto?

—En realidad hizo caso de una de las viejas fórmulas matemáticas que se transmitían de padres a hijos desde la más remota antigüedad. La distancia entre las tres pirámides multiplicada por tres y elevado a la tercera potencia el

número resultante. Se obtenía así una cifra muy elevada, que había que dividir por la altura de la mayor de las pirámides. El número así obtenido tenía que figurar en una determinada tumba del Valle de los Muertos. No sé si Peter llegó a creer firmemente en eso desde el principio, pero hizo la prueba... ¡y encontró la tumba vacía con ese número! Desde entonces creyó ciegamente en el mensaje matemático que había llegado hasta él a través de los siglos. Por supuesto que aquella tumba estaba vacía, porque todas habían sido expoliadas ya, pero él investigó en lodos sus rincones, en todas sus piedras. El grupo pasó allí más de dos meses, hasta que les tomaron por una pandilla de chiflados, pero al fin encontraron lo que buscaban: un pasadizo que les condujo a una especie de nuevo tesoro de Tutankhamón, a una montaña de riquezas por las que los muscos norteamericanos hubieran pagado fortunas. Pero no quisieron hacer eso. Sólo en oro y piedras preciosas, había allí lo suficiente para hacerles ricos. Resolvieron trasladarlo en secreto, para lo cual alquilaron avionetas que les llevaron a través del océano Índico. Una vez allí pudieron alquilar un yate que les devolvió a Inglaterra... con aquella fortuna inmensa. Esa fortuna está encerrada en varias cajas fuertes alquiladas del Banco de Nottingham.

Luger hizo un gesto afirmativo.

—¿Y cuándo planearon repartirla? —musitó.

—Al cabo de un año, cuando el viaje a Egipto se olvidase. El propósito era ir fundiendo el oro poco a poco y desmontando las piedras preciosas, que naturalmente podían ser vendidas con facilidad porque no estaban catalogadas en ningún sitio. Peter tenía las llaves de todas las cajas fuertes porque confiaban en él. Y verdaderamente te aseguro que tenía el propósito de repartir aquello honradamente.

—Pero tú no, ¿verdad, Nancy?

—Yo no —dijo ella acremente—. ¡Qué estupidez! Yo sabía que podía convertirme en una de las mujeres más ricas del mundo y no estar condenada a vivir siempre en aquella siniestra mansión que se moría de vieja. De modo que me puse de acuerdo con Alexander y empezamos el «trabajo».

Luger hizo una amarga mueca.

—¿El «trabajo»? —susurró.

—Sí. Eliminamos a los hombres del grupo. Luego temamos que liquidar a las mujeres, pero Peter supo lo que pasaba. O lo sospechó. A partir de ese momento me vigiló de tal modo que tomé una decisión: había que eliminarlo a él también. Fue entonces cuando pedí tu ayuda.

—Al principio no pude sospechar que hubiera tantos crímenes detrás de todo eso — dijo Luger con voz ahogada—. No. La verdad es que aún creía en ti. No podía ni imaginarlo.

Se oyó otra vez la risita lenta.

—Muerto Peter —siguió diciendo ella—, convenía desorientar completamente a la policía. Incluso tú tenías que creer que Peter no estaba muerto de verdad. Y habría testigos que le verían fuera del ataúd... ¡después

de muerto! Todo eso significaba que las futuras investigaciones, cuando los otros crímenes se produjeran, irían por caminos muy alejados de mí. Aunque la policía no crea en cosas sobrenaturales, tampoco podría ignorar aquella aparente resurrección de Peter y tendría que investigar en tal sentido. Nadie sospecharía de mí... nunca.

Hizo una mueca suave, casi angelical, mientras acariciaba los labios de Ted Luger con la punta del rifle. Luego susurró:

—Me temo que ya sabes demasiadas cosas, Ted. ¿Para qué necesitas saber tanto en el infierno?

El apretó los labios.

Notaba ya en la piel el roce de la muerte. Pero musitó:

—Una última cosa necesito saber.

—¿Cuál?

—Los crímenes... ¿los has cometido todos tú?

—Nos los hemos repartido entre Alexander y yo. ¿Algo más?

—Nada..., zorra.

Ya estaba dicho todo, ya el último hilo entre la vida y la muerte se había roto. Ted Luger esperó la caricia de la bala.

Pero la bala no llegó aún. La diabólica mujer parecía experimentar un placer especial retrasando aquello, como cuando estaba con un hombre retrasaba los orgasmos. Había una mueca satánica en su cara cuando balbució:

—De todos modos hay algo que te divertirá. Ted. Antes de reventar, conviene que lo sepas.

—¿Divertirme? ¿Qué?

—No te lo he explicado todo sobre la vieja leyenda egipcia. Peter me explicó que los que habían llegado a entrar en aquella tumba eran inmortales. Quizá por eso el muy idiota pensaba que no valía la pena asesinarlos, ya que volverían a la vida de todos modos. ¡Qué estupidez...! Según esa leyenda sin sentido, ni Silvia, ni Grace, ni Chris están muertas realmente. Volverán... Flotarán en el mundo otra vez... Dime..., ¿no te divierte? Luger negó con la cabeza.

—Por desgracia, yo no estuve en esa tumba —dijo—. Yo debo morir.

Y el joven aún esperó el milagro, aún esperó que Alexander no estuviera muerto y disparara desde el suelo contra Nancy, aún pensó que podría llegar alguien, aún confió en...

Pero la hiena le escupió las palabras a la cara.

—Adiós, amor —susurró. Y apretó el gatillo.

La cabeza de Ted Luger se partió en dos. Y Nancy se estremeció.

Tuvo casi un espasmo sexual, porque le gustaba la sangre.

CAPITULO XIII

La hermosa mujer descendió ante la puerta del Kensington, donde se seguía hospedando. Un conserje respetuoso le abrió la puerta.

—Buenas noches, señora. La viuda bajó.

Estaba más hermosa, más resplandeciente que nunca. Se sentía en forma. Dio una generosa propina y pidió:

—Diga que preparen mi nota. Me marcharé esta misma noche.

—Bien, señora.

Dejando a sus espaldas una estela de discreto perfume, Nancy recogió la llave y se introdujo en el ascensor, subiendo a su habitación. Sabía que todo el mundo la miraba, que muchos hombres la seguían deseando. Estaba en lo mejor de la vida, y pensaba disfrutarla. Ahora no necesitaba más que vender el oro y las joyas poco a poco, sin prisas, porque esas cosas siempre aumentan de valor. Tranquila...

¡Y a vivir!

Entró en su hermosa suite.

Allí había vivido horas de amor con Luger, pero eso pertenecía ya al pasado más remoto. Ni por un momento lo recordó. Atravesó la pieza que servía de antesala y fue al dormitorio.

Vio de espaldas a una sirvienta.

Elegante uniforme negro, impecables medias, pulcra cofia sobre el peinado perfecto.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó la viuda con voz áspera.

—Terminaba de arreglar las flores, señora —dijo la muchacha, volviéndose. Y entonces Nancy la vio.

La pudo distinguir de frente. A menos de cinco pasos.

Y los ojos se le salieron de las órbitas. La boca se le curvó en una mueca. Las piernas le fallaron mientras decía:

—Grace...

Porque, en efecto, era Grace la que estaba allí. Sus ojos la taladraban. Su sonrisa turbia parecía llegar desde el fondo del abismo. Sus manos avanzaron hacia ella.

Nancy balbució:

—Noooo...

Estuvo a punto de caer.

La idea de la vieja maldición volvió a ella. Necesitó toda la fuerza de sus músculos para no caer.

Y volvió la espalda.

Mientras de su garganta escapaba una especie de ronquido, abrió la puerta. Casi tropezó con la mujer que traía un ramo de flores para ella.

—De parte de su marido, Peter Cunard... —dijo la chica.

Pero Nancy apenas oyó la voz. Apenas distinguió las flores. Sólo tuvo ojos

para aquella cara... ¡AQUELLA CARA!

—Chris, —balbució.

En efecto, era ella. Estaba allí igual que cuando vivía. Y con una voz lenta y corrosiva que parecía llegar desde el fondo del infierno, murmuró:

—Oiga, señora...

Pero Nancy no oía. Era incapaz de pensar, de ver... Como una loca, empujó a aquella especie de espectro y llegó hasta el ascensor. Las puertas de éste se abrían en aquel momento.

Una voz preguntó suavemente:

—¿Al infierno, señora?

Y ahora sí que las piernas de Nancy se hundieron.

Al Infierno...

¡Y eso se lo decía una mujer a la que conocía bien! Se lo decía... ¡SIIIIII! ¡La muchacha ahorcada!

Nancy se llevó las manos a la boca.

Los ojos se le habían salido de las órbitas. No veía.

Era incapaz de respirar.

Sus piernas retrocedieron maquinalmente, sin fuerzas.

Y entonces oyó gritos. Tuvo la sensación de que alguien iba a sujetarla. Se revolvió con horror, pensando que eran las manos de una de las muertas.

Todo el inmenso hotel dio entonces una vuelta en torno suyo. Las lámparas de cristal tallado giraron locamente.

Nancy había tropezado contra la baranda que daba encima del vestíbulo, a cuatro pisos de altura. No pudo ni lanzar un grito cuando sintió que el vacio se hacía bajo su cuerpo. Las losas de mármol giraron.

Las lámparas dieron una vuelta. Y otra... Y otra... La sangre saltó hasta la puerta.

Hasta los mármoles inmaculados. Hasta las butacas rojas.

Y la piel de Nancy se abrió por diez sitios distintos a la vez mientras aún le parecía oír en su cerebro una última carcajada satánica.

Cloud estaba en su despacho cuando sonó el teléfono. Lo descolgó con una mueca de asco, sin ganas, porque aquel día atroz le había crispado los nervios. Pero una voz femenina, casi dulce, le informó:

—Inspector Cloud, soy la agente Lorrimer, de la Brigada Especial. Estoy aquí con mis compañeras Patterson y Cley, de la misma Brigada. Le ruego que venga cuanto antes al Kensington Place. Me temo que la viuda de Peter Cunard ha sufrido un terrible accidente.

Cloud hizo una mueca de incredulidad. Su mano sujetó el auricular con más fuerza mientras preguntaba:

—¿Quién las ha enviado a ustedes ahí? ¿Qué hacen?

—Nos lo pidió el intendente Ted Luger. No tenía autoridad para ordenarlo, pero le hicimos ese favor. Se trataba de disfrazarnos de una determinada forma, maquillándonos meticulosamente con arreglo a unas fotografías que él nos dio. Ya sabe usted que ahora, con el plástico, se hacen maravillas... Nos

transformamos de tal modo que ni nosotras mismas nos reconocíamos... Pero ¿Por qué le explico tantas cosas? Venga...

Y no hubo ni una palabra más. Colgaron al otro lado.

Cloud sintió una especie de pinchazo en el cráneo. «Ni que este teléfono estuviera embrujado —pensó—. Diría que no suena como otras veces... Pero ¿qué es eso de que una simple agente auxiliar me deje con la palabra en la boca? ¿Es que se ha creído que ése es modo de informar? ¡Demonios! ¡O me lo explica mejor o no me muevo de aquí! ¡Es más de medianoche!

Y encima llovía.

La tormenta se abatía sobre Londres otra vez.

La lluvia repiqueteaba en los cristales, disipando la niebla. El inspector Cloud marcó el número de la Brigada Especial. Una voz femenina preguntó:

—Dígame..., ¿quién es?

—Soy el inspector Cloud, de Homicidios. Necesito hablar con la auxiliar Larrimer.

—¿La auxiliar Larrimer? No está, señor.

—¡Qué extraño! Acabo de hablar con ella y me parece que ha sido desde ahí... Póngame entonces con la auxiliar Patterson y la auxiliar Clay.

—Me temo que no podrá ser, señor —dijo con paciencia la voz femenina.

—¿No? ¿Por qué?

—Las tres están de vacaciones fuera del país. Precisamente hace dos horas nos han puesto un cable pidiendo permiso para estar fuera más tiempo. El cable llegaba desde Madrás, en la India...

Cloud sintió que el auricular quemaba en su derecha.

—Pues entonces..., ¿con quién he hablado? —balbució, y colgó mientras las dos ventanas de su despacho se abrían con una ráfaga brutal de viento y de lluvia.

FIN